REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV | San José, Costa Rica | 1949 | Jueves 30 de Junio | No. 12

Año XXIX — No. 1087

Son dos comentarios

(En la revista *Sur* de Buenos Aires. Edición de octubre de 1948).

CARTA A VICTORIA OCAMPO

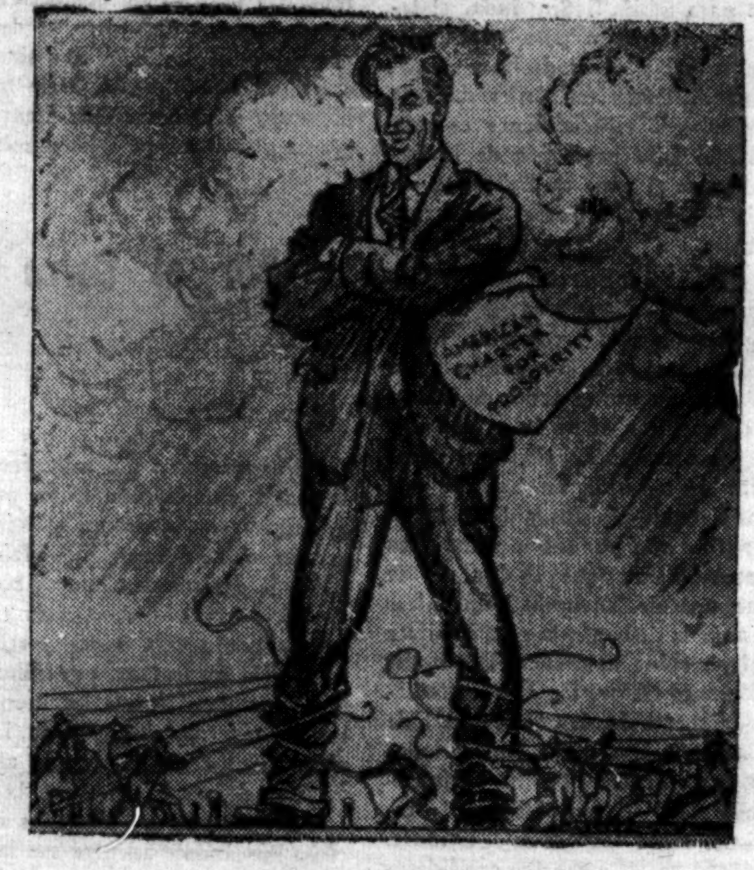
Mi querida Victoria Ocampo:

En el Calendario del número de *Sur* de este agosto, he leído una nota sobre "Wallace y Burnham" que considero injusta y exajerada, y sobre la que querría decir alguna cosa.

Yo he hablado mucho con Henry A. Wallace cuando era él vicepresidente y después. Sé bien que no es un stalinista. Wallace abogó siempre y sigue abogando por un entendimiento de los Estados Unidos con Rusia, antes de una guerra que, según cree él y muchos que, como yo, creen lo mismo que él, vendrá inevitablemente sin ese entendimiento; porque después de esa guerra inminente quedarían ya pocos hombres en el mundo para entenderse.

Wallace no piensa, ni yo tampoco, que el stalinismo sea un ejemplo que deben seguir los Estados Unidos ni el mundo en general: pero sí piensa, y yo también, que el proceso social sucesivo del mundo anda más cerca de muchos de los sentidos del comunismo que de los de cualquier otra ideología actual; y que es necesario que la democracia, tan anticuada, se renueve más de prisa, ya que el jiro del mundo no se cuenta hoy por años sino por siglos.

Es cierto que Wallace tiene, para su propaganda, el apoyo de elementos con los que él no está de acuerdo en todo y que no piensan tampoco del todo como él; pero eso no debe tomarse más que como un fenómeno de propaganda electoral. En todos los partidos de los Estados Unidos ocurre lo mismo, y los católicos, por ejemplo, no tienen inconveniente en apoyar al protestante que consideren más próximo de sus aspiraciones. La calumnia contra Wallace ha sido, es y será constante porque en la conciencia de muchos está que Henry A. Wallace será el presidente destinado de los Estados Unidos en las elecciones siguientes a estas de ahora.



Henry A. Wallace

Que es lo que yo deseo por los Estados Unidos, por España, por Hispanoamérica y por el resto del mundo.

Juan Ramón JIMENEZ.

RECTIFICACION A UN COMENTARIO DE "SUR"

En el Calendario del número 166 de *Sur*, bajo el título de "Wallace y Burnham", se transcriben párrafos de una nota en la que Burnham, con el pretexto de analizar el último libro de Henry A. Wallace, *Toward World Peace*, hace algunas acusaciones y emite algunos juicios que yo, por pertenecer a la comisión directiva de *Sur*, me siento en el deber de rectificar.

Ante todo lamento tener que comentar al comentarista del comentador cuando dice que Burnham, "con rigor que algunos creerán nacido de su adhesión a Wall Street, indica los sorprendentes errores que Wallace comete cuando se refiere a los comunistas, por ejemplo, cuando atribuye a Plejanov —en vez de a Lenin— la formación del partido bolchevique". No, en lo que a rectificación de dicho error se refiere, estamos lejos de sospechar que el "rigor" del señor Burnham "ha nacido de su adhesión a Wall Street", pero no así en cuanto al *rigor* con que hace luego la siguiente afirmación: "Es un hecho —dice Burnham— que el Partido Comunista proporciona la base de organización del movimiento Wallace. Es un hecho que el partido de Wallace no hubiera llegado a existir sin previa decisión del Partido Comunista (es decir, del Kremlin). Es un hecho que si el Partido Comunista se retirara mañana, el partido de Wallace se disolvería al día siguiente".

A pesar de no *ser un hecho*, es bien sabido que cuando alguien no puede dar razones válidas para afirmar lo que sostiene, recurre invariablemente a estas tres palabras: *es un hecho*. Burnham recurre a ellas tres veces en un solo y brevísimo párrafo. Y al parecer lo hace para impresionar a lectores muy ingenuos, tan ingenuos que —puesto que hay *hechos*— no se detendrán a pensar por qué razones el Partido Comunista (o el Kremlin) han dejado incurrir a Wallace en el "sorprendente error" de atribuir a Plejanov, que fué su promotor teórico, la formación del partido bolchevique y no al gran Lenin mismo. ¿Será ésta otra astuta maniobra de los rojos, señor Burnham?

He visto a Henry Wallace, durante y después de la guerra, trabajar y luchar por los principios que ahora proclama desde la plataforma de su nuevo partido y, lo que es más admirable aún, lo he visto vivir diariamente de acuerdo con dichos principios; he leído sus libros (salvo el último, que aún no ha llegado a mis manos) y todos sus discursos; he recorrido (y vivido en) más de dos tercios de los Estados Unidos y he tenido ocasión de hablar allí no sólo con gente importante perteneciente a los dos partidos políticos tradicionales, sino con hombres y mujeres de las universidades, las fábricas, las oficinas, las escuelas, los negocios y los periódicos; por ello, sin necesidad de afirmar que *es un hecho*, puedo decir que con o sin el apoyo del relativamente pequeño Partido Comunista norteamericano, la gran nación del norte necesitaba una tercera fuerza o agrupación política, y que el único hombre capaz de ponerse hoy a su cabeza, es Henry A. Wallace.

Que los comunistas apoyan a Wallace y votarán por él, nadie puede dudarlo: también, y con toda razón, apoyaron a Roosevelt y votaron por él. Lo ilógico sería —y creo que pese a todo lo que digan los Burnham no llegarán a hacerlo— que apoyaran a Dewey o a Truman y votaran por ellos.

Pero Burnham, para escribir el párrafo citado, en vez de basarse en lo que Wallace dice, sostiene y hace, se basa en el hecho de que, según él, en las reuniones políticas donde asisten los partidarios de Wallace "se aplaude cualquier chiste en contra de la política norteamericaan y se vitorea cualquier defensa de la Unión Soviética". Así pasa por alto lo evi-

dente: que los partidarios de Wallace lo son justamente, en gran parte, porque están en desacuerdo con la actual política internacional de su país, y buscan en consecuencia un acuerdo con Rusia; por lo tanto, cualquier explicación que tienda a ese acuerdo será lógicamente aplaudida.

"La política —concluye— Burnham es simple y ruda. Sólo un lema vulgar es necesario para resumir la verdad: Un voto para Wallace es un voto para Stalin". Sin duda, el lema encontrado por Burnham para su simplísima política es vulgar a pedir de boca —conocemos esa clase de lemas tan útiles durante una campaña electoral, especialmente cuando se emplean desde el lado protegido de la barricada— pero lo que el lema de Burnham no hace es "resumir la verdad". Por el contrario: resume una mentira.

Afortunadamente, alguien con mayor autoridad que Burnham dice otra cosa; la dice un hombre cuyo genio ha sido reconocido tanto por las izquierdas como por las derechas; un hombre que, contrariamente al autor de *La revolución de los directores*, tiene fe en el futuro y que, contrariamente a él, asimismo, nadie ha podido tildar de fascista; un hombre que vive lejos de los Estados Unidos y de su lucha electoral; un hombre que por sus muchos años tiene menos probabilidad que cualquiera de nosotros de que una de las bombas atómicas que se lanzarían en la guerra a la cual Wallace se opone, le caigan sobre la cabeza. Ese hombre es George Bernard Shaw. En una entrevista concedida a Johannes Steel, corresponsal de la *National Gazette*, de York, Pensylvania, Shaw ha dicho lo siguiente: "No hay diferencia entre "demócratas" y "republicanos"; representan la misma cosa. Wallace es el hombre. Es el único filósofo social entre los candidatos — el único que puede hacer algo respecto a la situación internacional porque es el único que entiende de ella. Diga usted al pueblo de América, al pueblo, se lo repito, *que cada voto dado a Wallace es un voto en favor del progreso*".

Por ser Wallace un filósofo social que asienta sus principios en la experiencia adquirida durante los años difíciles de su permanencia en el gobierno, y a la vez en el conocimiento práctico y científico de los problemas agrarios e industriales como en una sólida moral basada en el espíritu de los Evangelios, de llegar al gobierno, o simplemente de crear una nueva conciencia nacional, la puesta en práctica de sus postulados traería enevitablemente un cambio que muchos no desean. Es un error, por lo tanto, creer que quienes apoyan o atacan a Wallace lo hacen únicamente por la posición que él ha adoptado ante la posibilidad de una guerra o la necesidad de llegar a una paz estable. Lo apoyan quienes están de corazón en contra de la discriminación racial; lo atacan quienes están a favor de ella o los que sólo se atreven a ofrecer a la gente de color "igualdad de oportunidades" en la vida civil, pero la separan de los blancos en las filas mismas de un ejército cuya misión es, según dicen, "defender la democracia". Lo apoyan quienes creen en un capitalismo progresista; lo atacan quienes viven de los cartels y los consorcios internacionales. Lo apoyan quienes sostienen que ni en el gobierno ni en la administración nacional debe haber hombres cuyos intereses privados sean opuestos a las responsabilidades públicas que han asumido; lo atacan los que buscan esos puestos para su propio lucro. Lo apoyan quienes creen que la era colonial ha terminado o debe terminar; lo atacan aquellos que pretenden convertir a las demás naciones —y especialmente a las nuestras — en chacras o proveedurías de materias primas en beneficio de los *trusts* industriales. Lo aapoyan quienes creen que los adelantos científicos deben servir para liberar al hombre y darle mayor bienestar; lo atacan quienes creen servirse de esos adelantos para esclavizar aún más al hombre y enviarlo a una nueva matanza. Lo apoyan quienes creen que no hay democracia política sin democracia económica; lo atacan quienes defienden la democracia política sólo en el grado en que sirva para suprimir o limitar la economía. Sería largo seguir enumerando el programa de Henry Wallace, programa que él mismo ha expuesto, clara, suscintamente, y sin el menor asomo de demagogia, en el discurso que pronunció en la Convención realizada en Filadelfia, el 24 de junio último, al aceptar su candidatura por el Partido Progresista. En cuanto a la Convención misma —una de las tantas reuniones que Burnham trata de denigrar— puede dar idea de su importancia y significado el *lapsus* que, en el entusiasmo ante lo que estaba presenciando, hizo el comentarista de la transmisión del acto por televisión, cuando dijo: "Señoras y señores, esta noche, aquí estamos —es decir, están — haciendo historia".

María Rosa OLIVER.

Por el Cerro Auyán anda Canaima, el demonio

Por *Fernando G. CAMPOAMOR*

(Es un recorte de *El Mundo* de La Habana. Envío del autor).

Navegamos a 22 mil pies de altitud, con la nariz del *Constellation* punteando la vía a Venezuela. Apagamos el trémolo de las hélices en el aeródromo de Maiquetía, trepando hacia la meseta de Caracas sobre un carretera de 365 curvas —dato para turistas— que se agarra como boa a las vertientes terracotas: montañas musculares que dibujó Martí a creyón maestro, "donde los montes plegados parecen más que dobleces de la tierra, mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad".

Pero debíamos meternos en la dermis del país, buscándole adentro sus latidos profundos, y Rómulo Betancourt nos dió su avión y boleto libre en el aire. El avión nos redimió de ese horizonte inmediato que cerca al hombre cuando pisa la tierra, regalándonos mirada planetaria y perspectiva global que sólo gozan las alas. (Es como si uno otease por el ojo de la cerradura de San Pedro, en el mismísimo portón del cielo). Y así, con panorama por delante, trazamos un corte vertical de norte a sur, desde la costa de nuestro Mar Caribe hasta la frontera virgen del Brasil. También nos posaríamos a libre albedrío donde nos picara el entusiasmo de registrar.

*

Saltamos temprano sobre le cerro del Avila que acuna a Caracas, a esa hora que se pinta de turbio color pizarra. Luego, a mediodía, al bochorno y al tramonto, el sol le irá tornando azufre, añil y violeta.

Como se palpa una fruta madura antes de abrirla a presión, tomamos la línea costanera. Había tiempo para estrenar el mapa... Aquí abajo está Guntire, el pueblito que nació a Romulón; y aquí Curepe, con sus negros de caluroso floklore: Barlovento, tambor de brujos hecho són por Nicolás Guillén.

—¿Y aquello, capitán Pippinger?

—Le iré diciendo: la boca del Tuy... laguna de Tacarigua...

Manglares, islillas —los "terrenos sumergidos" que contara el geógrafo Codazzi— y ya estamos en Barcelona.

Barcelona pudiera ser así: un Bayamo. Toda ella tiene resonancia en su casco de adobe antiquísimo, ahumado por la pólvora y el tiempo. ¿Son éstas calles, o pasillos interiores de un caserón donde habitan miles de vivos y muertos? Aleros ondulantes y espesos que cuidan sus anchas ventanas incitadoras... No se miente al contar que en Barcelona arranca la llanura hasta empotrarse en el Orinoco. Sí, en Barcelona, tan prócer, tan callada, apenas sorprendida por la corriente lacia del Neverí y el diálogo fresco de los bongueros.

Detrás andan todavía algunos caribes, manoseando cabuyas que sacan del fibroso albarico, sobre una tierra salobre, diseca, esmirriada como sus troncos de cardonal. Pero, contra la naturaleza violenta, el empuje humano. En Barcelona se peleó siempre. A su estirpe respondió aquella Eulalia, de pelo largo y pistola en firme, que defendió su gente pasada a cuchillo. De rato en rato, por la alta noche, un gallo irónico violará el silencio de santidad histórica.

Y otra vez a bordo, arrumbando hacia Cumaná. Verticales a la ciudad de Andrés Eloy Blanco, poseemos a plenitud su perímetro que trenza el río Manzanares. La memoria remueve una ficha inolvidable del poeta: "...profunda senda mojada —como una larga mirada— que el llano le tiende al mar".

En el aeropuerto, y en todo el itinerario, nos aprietan las manos autoridades nuevas. Cumaná, ventilado trampolín a las Antillas, nos luce como una vida marina que busca umbría en los costados de su Manzanares. Sus *chacras* típicas son orquidiarios que escamotean el sol bravo del litoral entre legumbres, plátanos, tamarindos y almendrones. Muchas veces un río, tal en la anfibia Cumaná, es nervio espiritual de una ciudad. Entre la brisa firme que invade ahora, queremos oír un eco de música vernácula: "Yo curo ese pájaro—señor cazador; con aceie e'coco—y un palo de ron".

Han girado el timón del bimotor sobre la mar abierta. Un archipiélago que apenas puntean casuchas de pescadores, anuncia la isla Margaria. Acaso un rescoldo de nostalgia cubana nos hizo pedirle al co-piloto bojear y poner pie en Margarita: por acá anduvo, a la jineta sobre su violín, el negro Brindis de Salas.

La geografía le dió temperamento a esta gente margariteña que trabaja y canta, haciendo su pan y su décima. Dicen las cosas en estado de gracia, como los niños que el mundo no ha estropeado:

Yo te conozco robalo
por el camino que vas;
con tus zapaticos blancos
y tus medias colorás.

En Porlamar compramos un sombrerón de paja y tulipanes, creyéndonos habitar un país que conversa con los peces, con las perlas y con los vientos.

Por fin la fruta tentada está madura, y hay que meterse —de cola al océano— en un salto mayor. Nos esperan en Ciudad Bolívar, la antigua Angostura, capital fluvial del dios Orinoco.

*

Se dilata la llanura como aguas salidas de madre. Vamos de través, serruchando con un rastro imaginario los meandros del río enorme, que ya no hemos de perderlo en su pista. Anocheciendo ya, Ciudad Bolívar destapa su silueta. Pero antes de tenerla alrededor, nos invade una emoción que ahoga. Toda una tarde, de costado a costado, mirando a Venezuela alongarse sobre la rosa de los vientos, nos hizo coágulo la novelística de Rómulo Gallegos que ahora releíamos a un solo golpe de pupila, sobre el escenario de sus dramas, de sus elementos mágicos, de sus pobres aborígenes, del llanero y el sonoro Cantaclaro. Y saber —porque lo sabíamos con otro golpe de vista— que el pueblo condenado al ostracismo se había alzado con los votos en las manos para empujar a Gallegos, con un alud detrás, gritándole en tono áspero y confiado: "Maestro: aquí vamos. ¡No te detengas! ¡No nos traiciones!"

Por la noche —mordiendo una jugosa ternera a la llanera, asada en púa— reparamos que el Orinoco nos velaría. Y el Orinoco nos veló. Y aclaramos buscando sus "calles de arena mojada", y la vieja ciudad donde el impulsivo Simón firmó la Constitución de la Gran Colombia, nos lucía un stadium que ovacionaba a su atleta, el Orinoco, sentadas las casas en lajas de piedra negra. Por la Angostura de entonces —1800— pasó el barón de Humboldt con claros ojos azules y herbarios tropicales. "Angostura, tú te llamas Bolívar", profetizó un hidalgo. Y Angostura se llamó Bolívar, Ciudad de Bolívar. Interna en el corazón de Guayana, monologando su heráldica, se cubre con pudor cuando sopla el viento barinés que riza el río monstruo, y los dinosaurios de roca que están anclados en las cálidas orillas se dejan engañar por los espejismos, por las leyendas, por la esencia lúbrica de las pomarrosas. "Quien no ha visto el Orinoco, no ha visto agua".

*

Pocos han ido por delante de nosotros hasta la médula de la selva, jugándose la vida en los cilindros del avión. Allá, por los fondos de la Guayana anónima, talando hacia el Brasil, algunos han llegado. Allá se pesa el oro, se calibran las piedras preciosas. Pero la naturaleza anda en crudo, y por lo pronto, debemos enrolarnos en la aventura. Para domar la ida, la tierra guayanesa está cerrada. Las alas sí, pero también son frágiles, y hay que meterlas a prueba violenta entre paredes de kilómetros verticales, desfiladeros que pliegan la voluntad del más audaz, peñones, quebradas, saltos de ríos salvajes, macizos donde crecen milenarios el caucho y la balta, la sarrapia y el barbasco. Eso, y los jaguares, y las cascabeles. La Gran Sabana, escenario de ballet cósmico, nos retrotrae a la primera madrugada del hombre.

Encima del cerro Auyán anda Canaima, el demonio. Y abajo, después de los raudales del Caroní, con tumultuosas aguas oscuras, el valle de Karamata y Kabanayén...

Con un sol de soplete nos apeamos en Santa Elena de Aurién, a las espaldas del Brasil incógnito. Abrimos los lentes para fijar las imágenes impasibles de las tribus arecunas, taurepanes y karamacotas. Una negra de Trinidad nos da a comer carne de lapa, flechada con curare. Hablamos con misioneros, con las hijas de un aventurero. Estamos lejos. ¿Lejos de qué? Estamos fuera del mapa o muy adentro del mundo. Cuando sea la madrugada veremos el firmamento austral con la Cruz del Sur. Hasta aquí llega la vida humana. Ni un paso adelante.

Chile como lector

(*Atención de la autora*, en Santiago de Chile)

Del antaño colonial aflora, como veta de oro entre riscos, el afán de lectura en la sociedad chilena. En el período de la "ilustración", a fines del siglo XVIII, mientras el Estado y la Iglesia pugnaban por conservar intacta su facultad de censurar la lectura de fieles y vasallos, éstos subrepticia, astuta y sistemáticamente les burlaban, incautándose no sólo de obras prohibidas por heréticas, sino, lo que fué más importante, de panfletos y literatura subversiva destinada a socavar los cimientos del antiguo régimen tanto en Europa como en las Américas (1).

Tres fuentes proveían de impresos a fines del período colonial: la iglesia, los criollos que viajaban por la península y el contrabando. La primera surtió las pequeñas y seleccionadas bibliotecas de los conventos. A la expulsión de los jesuítas, sus libros pasaron a diversas manos y más tarde, lograda la Independencia, la mayoría fué a formar el fondo más preciado de manuscritos e incunables en las Bibliotecas Nacionales tanto de Santiago, como de Lima o Bogotá.

De los criollos que en el último tercio del siglo, viajaron a Europa, nadie tan novedoso de libros y tan astuto para traerlos subrepticiamente a su patria, como nuestro don Francisco Antonio de Rojas, uno de los precursores de la Independencia, que tuvo la graciosa audacia de hacer timbrar por la propia Inquisición, los cajones en que venían, bajo empastaduras devotas, los panfletos de Voltaire, de Rousseau y de los temidos enciclopedistas (2). El caso de Rojas, no fué seguramente único en las postrimerías de la colonia; el virus de la lectura se había infiltrado ya en los hábitos indianos.

El contrabando que alcanzó por aquellos años la importancia de una institución comercial, porque era el único expediente para proveerse de mercaderías que no podían llegar por otros conductos, practicó en gran escala el tráfico de libros prohibidos (sobre todo de los franceses de la enciclopedia) y así fué como la revolución de la independencia encontró a sus adalides premunidos de toda la fraseología y todos los argumentos libertarios que venían utilizando desde 1789 los revolucionarios franceses (3).

En los albores republicanos los tipos de madera de las viejas imprentas se agitan en todo el continente austral. La aparición del *Catecismo Político Cristiano para la instrucción de la juventud de los Pueblos de la América del Sur*, rubricado por José Amor de la Patria, pseudónimo atribuído al precursor don Juan Martínez de Rozas, inicia el empleo del vo-

lante con fines de propaganda política. El periódico no le va en zaga. Con la *Aurora de Chile*, editada por Fray Camilo Henríquez en 1812, en Santiago, se hermanan múltiples publicaciones de parecida índole en las demás repúblicas. Le contenían en la nuestra las *Cartas Quillotanas*, editadas por don Bernardo Vera y Pintado en 1814, y las *Cartas Pehuenches*, obra de don Juan Egaña, en 1819.

El almanaque chileno publicado en 1817 es algo más que un folleto: podría incluirse entre los primeros panoramas de la actualidad administrativa de entonces.

Si no faltaron los opúsculos políticos cimentadores de la revolución, escasearon, en cambio, los libros de textos para las nacientes escuelas e institutos secundarios, cuya labor se dificultó enormemente por tal motivo. Hasta muy entrada la tercera década del siglo XIX el libro todavía es un objeto escaso en esta tierra. Son escasas las personas que pueden dar el lujo o mantienen la afición de una biblioteca privada. Entre ellas ocupan sitio honorífico don Juan y su hijo Mariano Egaña, cuyas colecciones se encuentran hoy en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Le suplen, la revista, el semanario satírico y el diario que comienza a convertirse en una institución nacional con la fundación de *El Mercurio* de Valparaíso, el año 1827. Su vida centenaria le coloca a la cabeza de los rotativos actuales y constituye algo como el arquetipo de la prensa chilena.

El Diario Político aparecido en 1839, da margen a que don Juan Nicolás Alvarez ataque con las armas de la polémica y la crítica mordaz. *El Semanario de Santiago* (1842) es la palestra de los jóvenes que encandilan el fuego de las letras románticas en lo que se ha denominado el surgimiento de 1842; Don Francisco de Paula Matta abre nuevo surco a las ideas en *El Siglo* (1844) y en las páginas de *El Crepúsculo* Francisco Bilbao (1844) echa a volar las campanas de las doctrinas socialistas, con el consiguiente estruendo y escándalo de sus beatíficos contemporáneos.

Sin embargo, la obra que se imprimía o se compraba, iba a buscarse generalmente a Francia. Lastarria publicó allí sus *Lecciones de Geografía Moderna*; allí aparecieron los tomos de la *Historia Física y Política de Chile* por Claudio Gay, en el pie de imprenta de cuyas portadas se lee: "París, Imprenta de Maulde y Renou, calle Bailleul 9, cerca del Louvre, año 1846.

Los libros se expendían en los almacenes de menestras junto con el charqui y el cebo, en las tiendas de trapos, en las ferreterías o en la calle pública donde se pregonaban a la par que cualquiera otra mercadería. Famoso fué en las medianías del siglo el ciego Pedro Puebla que voceaba sus títulos a la par que "los versos" o "corridos" en que los bardos populares narraban los sucesos memorables.

De acuerdo con don Pedro Pablo Figueroa, la primera librería instalada en Chile fué la de don Santos Tornero, que la abrió en la calle de la Aduana de Valparaiso en 1840, a la cual siguió otra en Santiago fundada por él mismo con el nombre de "Librería Española". En su libro *Reminiscencias de un viejo editor* dice el señor Tornero: "Francia e Inglaterra, especialmente la primera, eran los países que surtían de libros españoles a Chile; eran, por lo general, reimpresiones hechas en pequeños volúmenes importados por las casas consignatarias, quienes los vendían a tanto el volumen, chico o grande (y de éstos venían pocos), contándose por volumen, los silabarios, catecismos, novenas, etc. El precio de 3 a 4 reales (37½ a 50 centavos oro) era el corriente de cada volumen y nadie pagaba más".

Esporádicamente, aparecen libros editados en otros países: los del argentino, expatriado a Chile, don Domingo Faustino Sarmiento, por ejemplo, que los hizo editar en los Estados Unidos y cuyo consumidor más nutrido fué Chile; los de la Biblioteca de Appleton, de Nueva York; los de Brockhaus de Leipzig, entre otros. Prensas chilenas, bajo diversos promotores, editan en Valparaiso o en Santiago. Son ellos Julio Belin (Imprenta de Julio Belin y Cía.) que opera en la década del 40 al 50; Manuel Rivadeneira (4) el que después pasó a España y dirigió aquella Biblioteca Rivadeneira de Clásicos Españoles que constituyó la principal fuente para su estudio a fines del pasado siglo y principios del presente; Santos Tornero, a quien se encomendó la confección de algunas ediciones oficiales, etc. En general, son en los diarios como *El Deber* y *El Mercurio* de Valparaiso, *El Ferrocarril* y *El Independiente* de Santiago, los que proveen con sus cajas de tipos a la edición de libros: encontramos en las portadas de muchos, datos como estos:

Educación del Pueblo.—Lecturas hechas en la "Unión Liberal" de Santiago, por Guillermo Matta. Santiago de Chile. Imprenta "El Ferrocarril", 1856.

Memoria sobre instrucción Primaria presentada a la Universidad de Chile, por Julio Jardel. Santiago. Imprenta "El Ferrocarril", 1856.

Lentamente aparecen los impresores, pero no editan sino para el gobierno, los particulares y a cuenta de éstos. Tales son, por ejemplo, la Imprenta "El Siglo", la de los Tribunales, la Chilena y la Nacional, de donde salieron los Anales de la Universidad de Chile; la Imprenta de la Librería El Mercurio de los hermanos Tornero; la Imprenta Gutenberg, la Imprenta Americana, que dirigió un norteamericano, el señor La Fetra, la Cervantes que ya encontramos en funciones en 1886, la Barcelona que trabaja desde la última década de ese siglo, la Imprenta Moderna, etc.

Don Roberto Miranda es una honrosísima excepción. Hombre culto, de ideas avanzadas, a la par que comerciante, estableció en la década del 80 su "Librería Antigua y Moderna" que el público designaba solamente con el apellido de su dueño. El inició la venta de libros chilenos al exterior. Relacionándose con el poeta y ministro de Chile en Colombia, don José A. Soffia, envió a Bogotá una serie de obras chilenas que tuvieron allí excelente acogida; las *Poesías* de Soffia, las de Matta, la de Blest Gana, la *Instituta* de José Clemente Fabres, el *Código Civil ante la Universidad*, recopilación de una serie de memorias presentadas a la Facultad, etc.

Estimulado por el éxito estableció después relaciones con Pedro Igón y Cía., libreros de Buenos Aires; con A. Barreiro y Ramos de Montevideo, etc.

Con motivo de la Exposición realizada en Francia en 1884 don Roberto Miranda envió a París una colección de obras chilenas entre las que figuraban en sitio de honor, las de don José V. Lastarria.

Puesto en este camino, el señor Miranda inició trabajos de verdadero editor. Gracias a su diligencia circularon en el continente las obras de historiadores chilenos como Barros Arana y Vicuña Mackenna; de publicistas como Valentín Letelier y Zorobabel Rodríguez; de juristas como don Jorge Hunneus y don José Clemente Fabres; de poetas como Matta, Soffia, de la Barra, Blest Gana, etc.

Sus servicios eminentes a la difusión del libro nacional, le mereció del Gobierno del Presidente Balmaceda, el galardón de una comisión oficial para que se trasladase a Europa (abril 1890) e hiciera imprimir allí una edición oficial y completa de los Códigos chilenos, a cuenta y riesgo del editor. Consigo llevó Miranda, además, una serie de libros chilenos que adquirieron, entre otras entidades la Biblioteca del Museo Británico de Londres.

La Casa Garnier Hnos. de París, inicia por aquellos años sus Bibliotecas en castellano destinadas especialmente a los países de América española.

El desarrollo de las compañías de publicidad españolas, a comienzos de este siglo, inunda a Chile como al resto de la América de libros baratos y al alcance de la juventud estudiosa. La Casa Sopena es responsable de los brotes de anarquismo que sufrieron los jóvenes en 1900 y 1910, jóvenes que, evolucionados más tarde, pasaron a ser la generación influyente en la política avanzada de estas dos últimas generaciones. Esa casa editora dió a conocer en América Latina los autores marxistas, a los literatos rusos, franceses, españoles del 900, mientras que la casa Maucci de Barcelona extraía del desconocimiento a una serie de autores de diversos países europeos cuyas obras tradujo al castellano. Después de ellas, España Moderna, Calpe y tantas otras, convirtieron a nuestras librerías en satélites de sus empresas. Igual aconteció con el libro francés editado a 3.50 francos por Garnier, Bouret, Flammarion, Lemevre, etc.

Los autores nacionales que deseaban imprimir sus obras lo hacían generalmente a cuenta y riesgo propio. Los más afortunados llega-

ban a Madrid o París en demanda de editores que gracias a sus mercados de ultramar, les diesen notoriedad americana. Nuestro poeta Francisco Contreras, el novelista Blest Gana, por ejemplo, son editados en París (5), en la primera y segunda década de este siglo, justamente con los más renombrados de los autores ibero-americanos.

Don Carlos Nascimento inicia por esos lustros su obra difusora de la literatura nacional, en calidad a la vez de librero y editor. Le acompañan, en los campos didácticos don Manuel Guzmán Maturana, los señores Zamorano y Caperán, Salvá y unos pocos más, cuya labor, sin embargo, no alcanza a competir en el continente con la de los editores españoles y franceses.

La situación varió fundamentalmente cuando la crisis financiera y económica que nos azotó entre los años 1929 y 33, que impidió a Chile enviar divisas al extranjero. Para seguir conociendo el pensamiento del mundo fué indispensable que se publicara en Chile y al alcance de la pobreza ambiente.

El señor don Carlos de Vidts, autoridad en materias editoriales en Chile, decía en un discurso recientemente leído en la "Tercera Convención de los Personales de Diarios y Editoriales", celebrada en Santiago de Chile en julio de 1945, lo siguiente:

"El año 1930 marca la iniciación de una época en el desarrollo de lo que propiamente puede llamarse una industria editorial. No puedo ni debo desconocer que antes de esa fecha hubo hombres esforzados que crearon y mantuvieron editoriales, entre otros, nada menos que don Carlos George Nascimento y los gerentes de las Empresas Universo que ya en 1910 contaban con un departamento editorial (6) pero ellas enmarcaban su esfuerzo dentro de las fronteras nacionales y no pretendían siquiera presenatr batalla en el mercado nacional ni extranjero a la industria española. En el mencionado año de 1930 la Empresa Zig-Zag inició la publicación de los que hoy se llaman los "libros de bolsillo" con su Biblioteca Zig-Zag, que se vendían al público a $ 1.40 (más o menos 5 céntimos americanos)... Esta iniciativa del libro barato y de interés universal fué inmediatamente seguida por otros editores: Ercilla, Empresa Letras, Editorial Osiris, Mundo Nuevo, Cultura, Pax, Simiente, ENE, Chas, en Valparaiso, etc., que echaron a correr prensas y linotipias. Miles y miles de libros, todos impresos con materiales chilenos y por obreros chilenos, circularon intensamente en Chile y ¡cosa admirable! en otros países de América".

Entre los años de 1930 a 1936, la industria editorial chilena conoció días de triunfos y pruebas. Zig-Zag, Letras y Ercilla, sobre todo, proveyeron a la lectura de casi todos los países hermanos con obras de la más variada índole desde las de filosofía hasta las de literatura infantil. Sus triunfos son la expansión del mercado; las pruebas son las dificultades de una organización que requería para funcionar con éxito de cámaras de libreros que entonces no existían y de miles de lectores con capacidad compradora. Chile como pionero de la industria editorial autóctona en Latino América, pagó el noviciado, la inexperiencia, la falta de una conciencia de honradez solidaria entre los intermediarios de la industria y los competidores mismos. Su experiencia cara y dolorosa ha servido después a los pocos editores chilenos que sobrevivieron a la década y a los que han venido en seguida en los países hermanos.

Tal como la crisis económica mundial determinó la necesidad de una industria del libro en Chile, así la revolución española, obligó el traslado de las florecientes editoriales madrileñas a suelo de América. Esta era su principal consumidora. La mayor parte de las ediciones hechas en Madrid o Barcelona entregaban el 10% de los ejemplares a España. El resto pasaba a ultramar.

Esos industriales, avezados en la tarea, eligieron como centro de sus actividades a México y Buenos Aires. Esta por ser la ciudad ibero-americana de mayor población y México, por su posición estratégica frente a Centro América y las Antillas. Ellas fueron parte a dificultar la industria chilena que tenía competidor en esos mismos centros.

El señor de Vidts, a quien he citado más arriba, refiriéndose a este fenómeno, decía en su discurso: "No olvidemos que la situación geográfica argentina y mexicana, la riqueza general del primer país y su mayor población, y la capital de México, parecieron más atractivas a los editores que emigraron de España. Y tras ellas asentaron pie en esas capitales, los escritores y artistas de todo orden, fugitivos de la Europa en llamas".

Actualmente, atraviesa, pues, la industria editorial chilena por un momento dificilísimo, sobre todo por la competencia del libro argentino que cuenta con mayores franquicias para su impresión y difusión. En cada uno de los dos últimos años, Chile ha producido alrededor de 1.000.000 de ejemplares, de los cuales, el 30% ha salido al exterior. Argentina en la misma fecha, ha lanzado al mercado 18 millones de los cuales se exportó el 70%.

Cálculos hechos por los editores chilenos, tomando en cuenta el número de libros publicados en Chile y traídos de fuera, nos da el primer rango en cuanto al número de libros leídos por habitantes. Somos, en realidad, un país lector.

Correlativo con el problema editorial existe el de los escritores. Fuera de los periodisats, no contamos en América Latina con literatos profesionales, en el sentido de que vivan íntegramente del producto de su pluma. La razón es sencilla. Las ediciones corrientes son de 2.000 a 3.000 ejemplares. Cuando llegan a 15 o 20 mil significan un triunfo clamoroso. Al precio de $ 30.00 por ejemplar vendido al público, el autor recibiría de $ 6.000 a 9.000 en el primer caso; de $ 45.000 a 60.000 en el segundo. Con las primeras cifras alcanza a alimentarse apenas uno o dos meses; con las segundas uno o dos años. El bajo nivel de la cultura y el standard de vida, son los causantes. El analfabetismo, cuyas cifras mínimas se hallan en Uruguay y Argentina y Chile, arrojan el fardo de su sombra sobre porciones de la población que llegan, en algunos países hermanos, al 70%. Según cálculos de diversos sociólogos, el porcentaje que vive con comodidad y, por consiguiente, puede darse el placer de comprar libros, en Argentina es del

Piden la libertad de Carlos Luis Fallas

(Es un recorte de *El Nacional* de México, D. F.)

Guatemala, 22 de abril. (UP).—El Congreso de la República aprobó anoche un punto resolutivo para dirigirse a la Asamblea Constituyente de Costa Rica en los siguientes términos:

"El Congreso de la República de Guatemala envía un atento saludo a la Asamblea Constituyente de Costa Rica, rogándole la intervención que le sea posible para lograr la libertad del gran luchador obrero Carlos Luis Fallas y de sus compañeros, cuya prisión conmueve profundamente a los pueblos democráticos".

Durante dos horas consecutivas los diputados discutieron este punto resolutivo, propuesto por el líder obrero Manuel Pinto Usaga y se formularon cargos contra el gobierno de Figueres por las arbitrariedades cometidas recientemente. Pinto Usaga dijo que todos los sectores democráticos de Guatemala se habían opuesto al movimiento figuerista que derrocó al gobierno semidemocrático del Presidente Picado, y que a nadie extrañaría la intervención del Congreso de Guatemala en este caso.

Se dijo asimismo en la discusión que las condiciones actuales de Costa Rica distan mucho de ser la tradicional "democracia que hemos admirado y querido". La situación política de Costa Rica se planteó ampliamente por primera vez en el Congreso de Guatemala, y solamente dos diputados estuvieron en contra del punto resolutivo.

Ha podido saberse que Fallas se encuentra detenido bajo acusación de haber sido el director intelectual de un robo de siete gallinas, y le corresponden cuatro años de cárcel, según fallo del Tribunal de Sanciones Inmediatas.

10%. En el resto de América es menor. Carece, pues, el escritor de ese numeroso público que dispone de un superávit vital para comprar libros y de gente de cultura para apreciarlos, privilegio de que goza el escritor inglés y el norteamericano en mayor escala que sus congéneres de otros idiomas.

Cultura más amplia, standard de vida más alto, son, a la postre, las piedras angulares de la industria del libro, lo son también de los autores que necesitan al editor como portavoz de su obra.

Amanda LABARCA H.

1946.

NOTAS:

(1) The *Index* of 1790 prohibited the works, or the important part of the works, of Bayle, Bossuet, Brisson, Brissot de Warville, Burlamaqui, Diderot, the Encyclopédie, Helvetius, Holbach, La Fontaine, Marmontel, Montaigne, Montesquieu, Raynal, Rousseau and Voltaire. It laid, rectrictions upon Bodin, Bayle, Condillac, Jansen and Moreri's Dictionaire".—Whitaker, *Latin America and the Enlightenment*, p. 25 D. Appleton Century Company, New York, 1942.

(2) Hemos podido comprobar en la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, la existencia de una colección completa de *Le Journal des Savants*, desde su fundación y comprendiendo toda su primera época traída al país por este astuto lector en pleno siglo XVIII.

(3) No less than 175 French ships traded in Chile and Perú from 1695 to 1751, and they were probably as numerous in many years in the Plata and parts of the Caribbean. During the war of 1779-1783, trade with or via France and the French Antilles was common.

Rojas' copies of Bayle, Holbach, Montesquieu and others circulated in Chile, and Nordenflyth lent Voltaire's Henriade, Montesquieu's Esprit des Lois, and others works to persons in Perú.— Whitaker, *Latin America and Englithement*, pp. 30 y 33, D. Appleton Century Company, New York, 1942.

(4) "Protegido por el patricio don Diego Antonio Barros en 1840 tomó a su cargo la Imprenta "La Opinión" de Santiago. Fué en ese establecimiento editor del diario oficial del gobierno chileno "El Araucano" en la época en que lo redactaba el ilustre sabio don Andrés Bello. En 1841 adquirió la propiedad de *El Mercurio* de Valparaiso. Regresó a Europa en 1842".—Diccionario Biográfico de Extranjeros en Chile. Imprenta Moderna, Santiago de Chile, 1900, p. 190.

(5) En la Biblioteca de Poetas Americanos publicada por la viudad de Ch. Bouret en París, aparece *Toison* de Contreras y en la Biblioteca Poética de Garnier Hnos., *Romances de Hoy* del mismo autor.

(6) Pudo haber mencionado también a don Manuel Guzmán Maturana que abrió más o menos en esos mismos años su Librería y Casa Editorial Minerva.

BIBLIOGRAFIA PARA CONSULTA SOBRE EL TEMA:

Amunátegui, Miguel Luis: *Los precursores de la Independencia de Chile.*—Imprenta Barcelona, Santiago, Chile, 1910.

Briceño, Ramón.—Estadística bibliográfica de la literatura chilena.—Imprenta Chilena, 1862.

Figueroa, Pedro.—*La Librería en Chile.* 2a. edición, París, Garnier Hnos., 1896.

Jones, C. K.—*A Bibliography of Latin American Bibliographies.* Washington, 1942.

Medina, José Toribio.—*Bibliografía de la imprenta en Chile*, desde su orígenes hasta febrero de 1817.

Mont, Luis.—*Anuario de la prensa chilena.*

Vaisse, Emilio.—*Revista de bibliografía chilena y extranjera*, Santiago de Chile, enero de 1913.

Vaisse, Emilio.—*Bibliografía general de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1915.

Whitaker.—*Latin America and the Englithenment*, D. Appleton Century Company New York, 1942.



Es esta la columna miliaria del *Repertorio Americano*. En ella inscribimos los nombres de suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron y lo estimaron.

¡Mantenedores de cultura fueron!

De "cómo Dios y yo somos uno en conocimiento"

(En el *Rep. Amer.*)

Amar vale más que saber mucho. Porque amar es una forma de conocimiento que monta muy por encima de la ciencia de las academias. Esta segunda es más bien información. Amar es conocer con el séptimo sentido, que vale por los otros seis más otra cosa aparte difícil de explicar; imposible de conocer epistemológicamente; como que el amor es ciego y por su ceguera hace cosas que van contra sentido común. El sentido común tiene que ver con la lógica del dos y dos son cuatro. El otro, el sentido séptuplo, es sentimiento; es el aparato con que se aprehenden los valores; mientras que el de los cinco tradicionales se concreta a percibir cosas.

Amar es un estado de trémolo en que el alma se satura del espíritu ambiental que la circunda, que es el mismo de donde procede, y el mismo donde tiene su ser y su existir. Sólo que sin amar, lo del ambiente circunstancial no se mezcla con lo del continente individual, por falta de movimiento... Como acontece con el huevo y el azúcar con que se hace un merengue... Sin batir, y sin dorar al fuego, no hay combinación, ni golosina. Lo único que hay son unos elementos vírgenes de valor muy relativo... Salidos del horno, sin embargo, ya no son ni huevo ni azúcar, ni esencia de vainilla; ahora son mónada aparte y superior; ahora son merengue que acaricia el paladar e incita la salivación para gloria del Creador de la caña de azúcar y las gallinas; y para gozo de sus criaturas humanas amantes de la repostería...

El Aamr, en toda instancia, es ciencia muy sabrosa, aun como conocimiento puro a la manera del Maestro Eckart de las Germanias medievales, porque:

¡El Conocedor y el Conocido son uno! La gente ingenua nos saldrá con que quiere ver a Dios, y se imagina capaz de verlo, como si Dios estuviese ahí, y ella aquí. No hay tal; porque Dios y yo somos uno en conocimiento.

En buen romance hablado por gente pura de corazón e ignorante de sobadas teologías, el apotegma anterior puede trasladarse al otro más corriente, de que "la caridad en casa empieza". Y caridad es amor. Pues que "caritas" viene de "carus" que es caro de precio, y querido. Se nos dice por los eruditos hermeneutas que la "Caridad" del famoso discurso de San Pablo, y el "Agape" del original griego, entraron en función por la sutileza psicológica del Apóstol; porque tanto en griego como en latín, y en vista de lo podrido de las costumbres de aquel mundo en vísperas de extinción, las palabras "Amor" entre romanos, y "Eros" entre helenos, tenían hacia el primer siglo un significado completamente sexual y materialista, incapaz de connotar la exaltada idea del Amor en su altura de divinidad terrena. Aun hoy, persiste la falsificación del concepto en las frases populares... y en francés todavía peor.

El Conocedor y el Conocido son Uno. Esto es, que la condición de unidad se alcanza cuando el Conocedor empieza por conocerse a sí mismo; cuando comienza por lo pequeño, y se abstiene de grandezas intelectuales, y se concreta a lo de muros para adentro de su habitación individual. Quien mira para adentro y se escudriña; quien no anda de antorcha de la calle y tiniebla de su morada, invierte bien su luz, porque en seguida descubre que "tiene visita"; ¡qué va! más que visita: que tendrá huésped permanente, de cuya presencia no se había dado cuenta porque andaba por fuera en busca de moneda que no había perdido. Por esta noción se llega al Conocido: a la ciencia

de que su alma interior de uno es ventana de la Realidad Ultima. Ventana única, porque quien quiera subir al cielo en estos tiempos de la astrofísica, se tiene que construir su propia escalerita: y no como el santo varón judío, en el episodio de *Beth-El*, (Génesis 28:12 et seq.)

El misterio de la unidad del individuo con Todo-lo-demás, con lo que no es Yo, con el No-Yo, con la Totalidad que en la apariencia parece ajena a ese Yo —el misterio, decíamos — es modo de secreto a voces que corre de boca en boca... entre los iniciados, entre los cualificados, entre los de limpio corazón que ven a Dios, según se nos garantiza en las Bienaventuranzas del Crucificado. Los iniciados aparecen no sólo entre los santos del mundo nuestro occidental, pero también allá en tierras del *Chhandogya-Upanishad*, y del Comentario del Maestro Sánkara:

"Cuando salí yo de Dios, esto es, a la multiplicidad, proclamaron todas las cosas y dijeron: "Hay un Dios" (el Dios personal creador de cosas). Pues bien, esto no me puede hacer feliz, porque en tal caso me doy cuenta de que soy criatura (*karya, kaladesa-nimitta*). Pero, en el irrumpir (que vale por traspasar todas las limitaciones, en *samyag-darsanam*) yo soy más que todas las criaturas: yo no soy ni Dios ni criatura: yo soy lo que fuí y lo que habré de ser ahora y para siempre (el *atman* en función de *nitya-mukta* y *nitya-siddha*). De tal suerte recibo un impulso que me lleva hasta más arriba que todos los ángeles. Y en este irrumpir me doy cuenta de que Dios y yo *somos* en común. Así soy lo que fuí. Así, ni aumento ni disminuyo. Porque aquí soy lo inmóvil (*achala*) que lo mueve todo. Aquí el hombre ha alcanzado otra vez lo que en efecto es eternamente. Aquí, el alma recibe a Dios..."

Sánkara se va por la tangente de la explicación intelectual pese a que su indagar es soteriología más bien que metafísica: pero en la práctica, el hecho democrático, por estar al alcance de todo aquel que alcanzarlo quiera, es del amor de que se habla en la Carta a los Corintios: del amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento: del amor-teoría-celestial que tiene su contraparte terrena muy legítima e indispensable, aun como la que funde los corazones y las voluntades en el rojo blanco de la dulce comunión en que desaparece la tercera persona, porque primera y segunda se tornan una y la misma... lo que vale por llegar a la quinta esfera del conocimiento brahmánico, y sin necesidad de meterse en los vericuetos sintácticos del sánscrito.

Alberto REMBAO.

Nueva York, marzo de 1947.



Sobre el gentilicio correspondiente al nuevo Estado de Israel

SE PROPONE "ISRAELÍ"

(*Envío del autor*, en Nueva York, N. Y.)

Tronaba, y con razón, nuestro Arpiel, en una de sus pasadas apostillas, contra el empleo de los gentilicios *israelino* e *israelítico* puestos en boga en periódicos de habla castellana de esta ciudad para designar a los naturales o, mejor dicho, a los ciudadanos del nuevo Estado de Israel; pero el motivo que daba para desechar esos términos era el de que el Diccionario de la Academia sólo consigna las voces israelita, hebreo, judío (aunque también el de israelítico), y no ha propuesto ninguna solución al problema, si no es la de acogerse a los vocablos ya conocidos y autorizados por los diccionarios de la lengua.

El problema sigue en pie y clama solución, si no se quiere que los redactores de periódicos sigan usando el feo e innecesario término de *israelino*, que sería, de aceptarse, otra manera de decir israelita, y que no satisface cuando quiere uno referirse concretamente a los ciudadanos del Estado israelita.

Fué precisamente el nuevo Estado de Israel el que planteó o provocó el problema al adoptar oficialmente como gentilicio en su propia lengua el de *israeli*. Este fué acogido y "transliterado" inmediatamente como *Israeli*, en lengua inglesa. La forma *Israeli* es nueva en inglés y sólo tiene como antecedente, aunque no relacionado directamente con ella, el apellido latinizado de los antecesores de Lord Beaconsfield o Disraeli. El abuelo del gran estadista y hombre de letras inglés Benjamín D'Israeli, fué un mercader descendiente de una familia de refugiados españoles de Venecia. El gentilicio *israeli* es un neologismo en hebreo y no aparece desde luego en la Biblia. Fué formado probablemente a semejanza del gentilicio *iraqi*, con que se designa a los naturales del Estado de Iraq (Mesopotamia) y no tiene que ver, como advertimos, con ninguna forma latinizada, como en el caso del apellido Disraeli. Israelita es el nombre genérico con que se designaba al pueblo escogido en los tiempos antiguos y es el término cortés que se ha dado a los judíos de todo el mundo después de la diáspora o dispersión. Se deriva del nombre propio Israel (que significa en hebreo "Dios lucha"), el nombre con que se llamó a Jacob después que hubo luchado con el ángel (*Génesis*, XXXII, 24): "Y preguntóle: "¿Cuál es tu nombre?" Y le dijo, "Jacob". Y díjole (el otro): "En adelante no serás llamado más Jacob, sino Israel; porque como príncipe tienes influjo con Dios y con los hombres, y has vencido". Los sionistas llamaban a su país *Eretz Israel*, es decir, tierra de Israel, pero después de constituírse en estado independiente se le llama *Medinath Israel*, es decir, Estado de Israel. El nuevo gentilicio *israeli* (singular) tiene varias otras formas en hebreo: *israelim*, plural masculino; *israelic*, singular femenino; *israelioth*, plural femenino. El inglés, como era de esperarse, se ha desentendido de las otras formas y adoptó solamente el masculino singular *Israeli*, formando el plural en *Israelis*, según el genio del idioma. Nosotros en español hemos tomado a veces la forma plural de ciertos términos hebreos y formado con ella el singular. Verbi gratia: serafín, de *serafim* (es decir, serafines), que por su terminación es plural. Lo mismo hemos hecho con uno de los nombres de la deidad. Elojim, (gramaticalmente plural y que parece argüir que los judíos fueron en un tiempo politeístas), formando el nombre de Eloy. En cambio, no se ha seguido esta regla con el nombre adjetivo sefardí, que en hebreo significa simplemente *español* (de *Sefard*, España) y que se aplica a los judíos ibéricos españoles y portugueses— y a sus descendientes, algunos de los cuales emplean una forma de español arcaico, escrito en caracteres hebreos y, naturalmente, de derecha a izquierda. La palabra sefardí se derivó del singular, y no del plural, *sefardim*.

¿Y qué solución podemos ofrecer? A nosotros nos parece que se pueden muy bien conciliar en español los deseos de los fundadores del nuevo Estado de Israel que han escogido como gentilicio para su nación el específico de *israeli*, que los distinga de los demás israelitas no vinculados políticamente con dicho Estado, adoptando el término *israelí*. La terminación en la vocal í (tildada) es una de las que menciona la Gramática para los adjetivos étnicos, nacionales o gentilicios. Y ya tenemos como precedentes castizos los gentilicios marroquí, bengalí, el ya citado sefardí, y adjetivos como turquí, tupí, guaraní, etc. Israelí forma el plural de acuerdo con las reglas de la Analogía española, y a semejanza de marroquí, sefardí, etc., agregando *es*, es decir, israelíes.

Cristián RODRIGUEZ.



Fresia Brenes de Hilarov

(Dibujo de *Olivia William*).

*

Febrero 5, 49.

Dear Fresia Brenes Hilarov:

Your book has variations from quiet pools of meditation to an unrush of high-bird-son, Even if you didn't have the opening threnody, so personal, I couldnt at this time do an adequete preface. The book stands on its own without a foreword. I would say Flight from Chicago to Costa Rica *perphaps should open the book—a wonderful singing testimony.*

You have great strenghts. I pray they go on. For You I hold and keep saying, deep good wishes and prayers always.

Faithfully yours,

Carl SANDBURG.

*

"Sinfonía Lírica"

de *Fresia BRENES de HILAROV*

Escribe *Amalia de SOTELA*

(En el *Rep. Amer.*)

¡Fresia de las manos de nieve! Fresia, cumbre y ala, agua y lumbre!

De corte fino, sobrio en su presentación, me llega como una alborada su libro de poemas. Con sed de belleza lo empiezo.

Deliciosamente van mis dedos pasando las hojas... ¡Me detengo! profunda mi emoción, intenso mi sentir. ¡Fresia Brenes me dedica *Luz!* A Amalia de Sotela. La poetisa a quien admiro como una de las más grandes líricas de América! Gracias por esta Luz, regalo del alma.

Ahí donde cae un hombre
se enciende una luz.
Ahí donde cae un hombre
se levanta inmensa una cruz.
Ahí donde cae un hombre
se hunde una huella.

Yo vi hundirse esa huella... Yo vi alzarse esa cruz. Y, esa luz como un índice me señala mi destino...

En esta Sinfonía cada poesía da su nota tónica y el canto se completa en el lago brumoso, que esconde entre nieblas murallas de hielo; en el tenue caer de la nieve que danza en pétalos blancos; en el jardín diamantino de luna, en el que se conjuran los aromas del romero, "de las rosas color rosa" y la flor del limonero.

Canta una nota la Sinfonía en el desfile de sombras queridas, que en silencio llegan como hálitos níveos: "Hiram el hermoso. Flamíneo el alegre, Soleida de la negra cabellera".

La sonrisa de Gioconda de Elsa Rosa, y la mirada oscura de Juan Ramón Jiménez. Y más allá de todos los horizontes, el brazo de un dios que se tiende y señala. ¡Adelante!

De él oí como vivió Keats, como murió Shelley.
De él aprendí a admirar a Sarmiento, Darío,
[Bello!
De él oí de Oscar Wilde y de Shakespeare.
Revuelven alas en mi mente, siento el temblor
del descubrimiento... al instante recuerdo:

Las gradas de mi casa, atardeciendo,
mis padres en el corredor caminando,
el crepúsculo cubriendo las montañas,
pasan las horas, aparece Venus,
nuestras preguntas, sus contestaciones...

Ahora una nota litúrgica en la *Plegaria*:

Gracia Plena, Santa Madre de todos
los seres
Pide aguas del Paraíso,
oye su voz de cantor
que implora
¡Ven! ven con el vaso milagroso.
¿No le ves postrado?
¡El, que siempre caminó como rey!

Gracia Plena! es su hija que adorando
pide para el padre — paz.

Y la hija egregia del egregio señor Brenes Mesén:

Ruega silencio, cuando será tormento
eterno no oír más su voz.
Descanso para su cuerpo enfermo.
Que se levante Rasur de su lecho,
la luz de la montaña naciente
en su pecho.
Paz en su frente de Dante, reposo en sus
[manos de Dios.

Pero es la cósmica Sinfonía "en aguas sonoras y eternas". "En tarde de nubes brumosas, de olas estrellas, plata sobre verde".

A orillas del lago gigante:

¡Adiós, lago Michigan; adiós!
oye en mi voz otras voces,

. . . .

Seré fuente para recibir las aguas
vertidas por cantores de otros tiempos;
la nitidez de su música hará nítida la mía,
seré aire para esconder en mi seno
todas las ondas de las voces idas.

Y en un *Preludio*:

...tenues nieves,
escarcha de luna
Ahí, solitaria
el mundo un olvido,
el mar en la distancia
adivinadas mareas en los sentidos.
Ahí en la montaña, comienza el
preludio
de mi silencio.

Soñaba con murallas de agua,
con quejas encantadas,
las hijas de las voces prendidas de mis labios.

Esta Sinfonía Lírica es ella misma, es la poetisa misma en toda su recia personalidad, en su rebelión sagrada, en el acierto de cada una de sus expresiones, en todo su arte pleno de sinceridad; es ella misma en esa eterna sed de infinito que no se sacia nunca porque es el alma clamando por lo suyo propio. Y cuando se tiene el dón —como lo tiene ella— de vaciar el alma en cada idea, el Infinito se acerca hasta nosotros. Desentraña el alma de los vientos, del tiempo y de la noche y, cogidos de las manos —como una diosa helena— nos los presenta subyugados y sumisos. ¡Es dulce el alma de la noche! Y son hermosos los vientos "en la cuna de una montaña..."

Esta es nota iluminada de luz cotidiana, habla a la escuela de Palmar Sur. ¡Y con qué noble orgullo les dice!:

Introducción a un recital de desagravio para Pablo de América

(En el *Rep. Amer.*)

En noviembre de 1948, un grupo de intelectuales iberoamericanos residentes en México, organizó un recital de poemas de Pablo Neruda, como homenaje y desagravio para el gran poeta perseguido. El presente poema fué escrito para esa ocasión y sirvió como introducción al recital.

*

Puede más una lengua que una espada.—*Eurípides.*

Este es Pablo,
el poeta que no quería un hijo para que nada le amarrase.

Desde la negra, negra soledad de las islas,
su juvenil canción encuadernó crepúsculos, copihues,
paisajes desolados, caracoles, naufragios y jacintos amarillos.

Este es Pablo.
Hondero entusiasmado,
su canto quinceañero cabalgó las praderas del idioma
disparando guijarros luminosos,
multiplicando espumas, preguntando corolas.

Este es Pablo,
el habitante azul de la esperanza
que derrumbó su torre y se fué por la Tierra,
residiéndola,
hurgando limos profundos y tenaces,
desentrañando piedras,
entrando a la madera, rodeándose de peces.

Este es Pablo,
el hombre que en España tropezó con el hombre.

Rosas y olivos se volvieron sangre
y Pablo ya no puede responder "sucede"
cuando alguien le pregunta dónde estuvo.
Hoy responde: "En la boca del Quinto Regimiento,
en el infierno rojo de Jarama,
en Belchite, en Guernica, en Almería,
en el ardiente corazón de España".

Este es Pablo.

Su voz llamó a Bolívar



Pablo Neruda

*

y desde entonces el pequeño Capitán no duerme:
cada día hay un pueblo que despierta.

Su voz luchó en el Volga,
pregonando su amor a Stalingrado,
y en su metal oscuro,
sin muerte ya, definitivos, altos,
los duros combatientes permanecen,
sosteniendo la patria del laurel y el martillo.

Que el corazón grande y generoso
que la mente clara, de talento incomparable
de Roberto Brenes Mesén, mi padre
trace el camino de tus pies.

Ahora da la Sinfonía una nota mayor en *Pantera Salvaje*

despierta mármol frío
me destrozan las uñas del deseo.

Si Delmira pudiera oírla, con un beso en la frente la llamaría hermana.

Como una ráfaga muy suave en el alma de sus versos flota constante el amor a la madre, la noble señora de Brenes Mesén, verdadera compañera de uno de los hombres más grandes de la América y madre verdadera de la más dulce poetisa.

¿Y qué decir de la semblanza del Maestro García Monge? ¡Sabor de Lengua Máter! Introductor de diosas: la presenta a plenos aires, mujer apasionada y cósmica, única y múltiple.

Fresia Brenes de Hilarov presentada por García Monge y Olivia Williams personifica la verdadera y más alta inspiración.

San José de Costa Rica, abril de 1949.

Los renglones preliminares

Recogemos en este libro los versos en castellano y en inglés (se completan y confirman), de Fresia Brenes de Hilarov.

Ella es hija del conocido poeta y educador costarricense (¡a mucha honra!) Roberto Brenes Mesén. Es profunda la huella que el *almo pater* ha dejado en la singular personalidad de la hija. Por eso, ella deplora su ausencia irremediable.

Fresia Brenes de Hilarov es una poetisa hispanoamericana de dimensiones mayores. Canta Fresia, y a la vez se oyen en su lira voces diversas: la de la mujer apasionada y cósmica; la de la hija que tiene a quien respetar; la de la hermana amorosa en el recuerdo (calor emotivo) de sus ausentes; la de la americana entusiasta del Sur y del Norte; la de la costarricense que sigue sintiendo la patria en el paisaje de la niñez y en su historia; la de la complicada poetisa en dos lenguas, orgullosa de la propia, la de su alma, su gente y su raza; la de la ciudadana del mundo, compasiva del hombre y sus pesares colectivos en todos los hemisferios.

Hay reflexión y ternura en lo que dice (canta); meditaciones poéticas son las suyas. Su tristeza: ¡cuánto ha sufrido!: nostalgias, soledades, angustias (Sus creencias la fortalecen). Su fina y tierna psicología introspectiva (Psiquis muy de mujer tropical). Su saber religioso y filosófico. Ahonda en el misterio del amor, del paisaje, de la nieve, de [illegible] Cuánto que oye en la Naturaleza. Su [illegible] de la belleza; ¡cómo la busca! Busca lo eterno en la Naturaleza, en sí y en todo lo humano.

Mujer muy consciente, erguida. Su canción de poetisa americana que cree y crea, la intuye, la ve clara, diamantina. Su fe en la mujer. Poesía con idea, pensares nobles.

Muy hábil, muy preparada en las traducciones de las poetisas hispanoamericanas que admira; halla a las que se le parecen.

Trátela, lector. Entone con cuidado y simpatía sus versos y comprobará lo que le estoy diciendo, ¡y mucho más!

J. GARCIA MONGE.

San José, Costa Rica.
Enero de 1949.

Su voz se alzó junto a Sarmiento
y el gigante argentino cruzó otra vez los Andes
y hoy camina con Pablo por América,
refugiado en su canto.

Su voz sembró palabras como besos
en los muros de México,
y desde entonces Cárdenas preside
el Continente humano de los libres.

Su voz gritó el adiós que negaron a Prestes
y una madre de fuego desde entonces
—ángel terrible, estatua de claveles—
espera la llegada del hijo irremediable.

Su voz vuelta sequoia se plantó en Illinois
y el leñador de piedra desenterró su hacha
y vela desde entonces
el implacable sueño de los negros.

Su voz llena de agudos minerales,
su dura voz de cobre, resonando, creciendo,
su torrentera voz llegó hasta el Hudson,
y el gran viejo de barbas vegetales
se alzó sobre Manhattan,
más allá del más alto rascacielos,
guardando,
defendiendo,
reclamando,
esa patria de estruendo que él cantó a martillazos.

Desde un lugar de América...
¡Mentira!

Desde América toda.
Desde el profundo corazón de América.

De la Araucanía se levanta,
de Pisagua,
de la amarga Lota,
de las heladas ondas del Mapocho,
y es granizo y ventisca en Aconcagua,
y baja hecha pampero hasta Entre Ríos,
y se vuelve Amazonas de protesta y de furia
en la terrible selva del caucho y de la sangre.
¿Quién dice que no estuvo
en el abril de gloria bogotana?
La ha sentido llegando a las Antillas
el caliente verdor de los cañales,
amargando el azúcar que se llevan los gringos,
fermentando el tabaco,
librando a Puerto Rico.
Yo la he oído, en el istmo de la angustia,
detenerse de golpe en las Segovias,
donde el alto cadáver de Sandino
aguarda, centinela sin reposo.
Yo la he visto desbordarse Usumacinta,
encendérseme Izalco,
gritar dolor chamula sobre la Sierra Madre,
bajar hasta Oklahoma rugiendo tempestades
y tenderse a lo largo del vasto Mississippi
como un ardiente mapa de palabras.

¿Quién podrá contra ella?

¡Nadie podrá contra ella!

Batallones de lenguas la sostienen,
la esgrimen, la levantan.
Batallones de lenguas la rodean.

Nadie podrá contra ella:
ni la cruz, ni la espada, ni el insulto.
Batallones de lenguas la defienden.

Ya no es la voz de Pablo.
Ya se ha vuelto la inmensa voz del mundo,
duro Gabriel de tierra y de tormenta
que anuncia el ancho amanecer del hombre.

Pedro Geoffroy RIVAS.

Mensaje al marinero

(En el *Rep. Amer.*)

Pablo Neruda, hermano de voz interoceánica,
combatiente, golpeante como un mazo tenaz,
por ti Chile, marino, desgarrado y sangrante
acerca a nuestros ojos la luz de su verdad.
Por ti, por tu voz dura de aristas poderosas,
desde la mina oscura,
de Pisagua infernal,
llega hasta nuestro oído el grito del minero
y se adentra en el pecho: doloroso puñal.
Llega el lamento turbio de la mujer chilena,
de los niños sin pan;
se crispan nuestras manos, hermano marinero,
y ante los ojos húmedos,
entre cadenas surge tu dulce litoral.
Sentimos derramada la sangre proletaria,
prodigiosa semilla que habrá de germinar:
la mano vacilante del tirano la siembra,
la misma que mañana, quebrado su machete,
temblorosa y cobarde, ya la cosechará.
Aquí estamos, puntuales, junto a ti, marinero
de las rudas borrascas y las costas de paz,
traémoste los ecos de tus gritos valientes
que atraviesan los Andes y dominan el mar.
Tú llevas a la espalda el tronco agobiador,
amargo de tu exilio, nuevo Caupolicán.
Pies errantes los tuyos, marineros terrestres
huyendo del naufragio
inútil y alambrado,
que si no acallaría, ocultaría tu voz
potente y mineral
con muros y gendarmes,
cadenas y machetes,
que el payaso usa en nombre de la legalidad.

¡Borrar tu nombre, hermano,
pretenden los gusanos!
¡Cómo reirá el minero con furia en su covacha!
¡Borrar tu nombre, hermano!
Tu nombre que es de Chile como el mar y el nitrato
y el espino fragante que descansa en tus manos
y el viñedo que muere por la sed del lagar.
Borrar tu nombre, hermano,
quisieran los enanos
que no pueden tocarlo ni desde su sitial,
sobre montañas de oro que mandan desde el norte
los que han hecho una estatua para la libertad.
Tu nombre de profeta es un trueno que anuncia
con rudas resonancias la santa tempestad.
Tu voz llega de lejos a nuestro corazón
y en él penetra como el minero en su casa.
De Araucanía llegan tus gritos invencibles,
hermano fugitivo de los pies marineros.
Tu palabra araucana viene de todos rumbos,
aunque ignoramos dónde se protegen sus alas.
De todos rumbos viene tu voz inmaculada
porque América tiene su voz encadenada.
América está hirviente de gusanos traidores;
por todas partes surgen desolados Pisaguas.
Aquí también, hermano, el sol que nos alumbra
es un dólar inmenso, reluciente y lejano.
También hay generales haciendo de gendarmes,
celosos carceleros,
eficientes falderos
que cuidan la consigna que da la calle Wall.
Las larvas pestilentes se arrastran por América,
"tierra de libertad";
son hasta presidentes: muy dóciles y hambrientas
y tienen la etiqueta de la legalidad.

Marinero chileno
de los sangrantes pies,

El caballo salvaje y el pobre burrito

(Fábula de *Arthur M. SAMPLEY*)

Y no sabía el orgulloso potro salvaje que un modesto borrico, plebeyo y diminuto, iba a ser su maestro de cordura y bien andar.

Pero nos cuenta este Sampley que un vaquero ató a ese cerril potro a un asno... para que a coces le enseñara a comportarse y el hecho fué que a golpes en el pecho y en las fauces... el potro aprendió la lección.

Y dice el narrador:

¡Cuántos caballos y hombres conozco yo que van hacia donde nunca podrán llegar!!

Porque a veces Dios, o los hombres, o las circunstancias, golpean cruelmente al "cabeza dura" que al fin se ve obligado a pensar cuerdamente y a actuar de conformidad.

¡A coces, mi amigo, a coces!!

Juan José CARAZO.

Costa Rica, mayo de 1949.



Wild horse and donkey

La autoridad intelectual

Por Julián MARIAS

(En *La Nación de Buenos Aires*. Noviembre de 1948).

Estamos asistiendo, en los últimos años, a la volatilización progresiva de uno de los recursos más importantes con que contaba para vivir el hombre de Occidente: la autoridad intelectual. En un mundo lleno de dificultad y de incertidumbre, donde no se sabe qué hacer ni qué se puede esperar, los europeos y —aunque en forma distinta— los americanos esperan una voz orientadora que les haga saber a qué atenerse y los arranque a esa provisionalidad que adquiere la vida cuando no tiene figura dinámica, cuando el drama que es vivir parece quedarse sin "argumento".

Pero estamos en un tiempo en que toda cautela con las fechas es poca: la menor inercia del pensamiento nos hace confundir el presente con un pasado inmediato, pero no menos pretérito. ¿Es rigurosamente verdad hoy la frase escrita más arriba? ¿Es cierto que los hombres europeos y americanos están esperando las palabras capaces de incardinar su vida? Yo creo que la situación es más grave: que ni siquiera se aguardan ya. Después de esperarlas en vano mucho tiempo, ha cesado de echárselas de menos, no se cuenta con ellas ni aun con su posibilidad. Por eso no he dicho que falten intelectuales con autoridad —esto no es exacto, ni, por otra parte, sería últimamente grave— sino que la autoridad intelectual misma se ha volatilizado. Importa precisar un poco las cosas, porque se trata de una de las raíces de nuestra época.

Todavía hace un par de decenios, quizá hace quince años, se conservaba, aunque en forma residual, la tendencia a pedir a los intelectuales la orientación necesaria en los asuntos importantes y problemáticos. Conste que no en primera instancia: hacía ya tiempo que el hombre occidental aspiraba a no contar con nadie y a no escuchar, como subrayó Ortega hace veinte años. Pero a la hora de la verdad, cuando se sentía inseguro y perdido, le flaqueaba su petulancia y lanzaba a su alrededor una mirada interrogadora. Ocurrió, sin embargo, que esas preguntas azoradas empezaron un día a quedar sin respuesta: unas tras otras, las diversas comarcas de nuestro mundo fueron entrando en esa tremenda zona de silencio característica de estos últimos lustros, como en el cono de sombra de un eclipse. Al cabo de un tiempo, cuya brevedad sorprende —y que mide el ritmo acelerado de nuestra vida histórica — ha cesado incluso la presión de las interrogantes sobre el equipo intelectual: lo que pareció callado y silencioso, denso de palabras retenidas, parece hoy, simplemente, inerte y mudo. ¿Cuál es la razón de ello?

En el hecho social de la autoridad hay que tener presentes los dos ingredientes que intervienen en ella: la muchedumbre de aquellos sobre quienes se ejerce y la minoría de los que la ejercen —en este caso los intelectuales—. No voy a hablar aquí sino de estos últimos, a sabiendas de que un análisis suficiente tendría que tomar en cuenta sobre todo el otro elemento; pero lo aconsejan tres razones: una, la brevedad; la segunda, que está dicho lo más sustancial que hay que decir sobre el estado de las masas de nuestro tiempo; y la tercera y decisiva, que, a la altura a que hemos llegado, no se podrá restablecer una autoridad intelectual sino mediante un enérgico esfuerzo de los que pretendan ejercerla y por lo tanto tras una revisión a fondo de las causas que, por parte de ellos, han conducido a su actual evaporación.

Se dirá que, ante todo, los intelectuales se han visto forzados al silencio en muchos países, por las situaciones políticas dominantes en ellos o por la anormalidad de las circunstancias en estos años. Es cierto, pero importa matizar esa verdad tosca con algunas observaciones que precisen su alcance justo. En primer lugar, se suele exagerar la coacción que hoy sufre el escritor, salvo en pocos países y momentos; en casi todos ellos se puede decir mucho más de lo que apriorísticamente se considera posible, como revelan los pocos intentos serios de utilizar de verdad el margen de libertad existente; pero ocurre que, desde que las presiones estatales o simplemente sociales han adquirido considerable gravedad y, por lo tanto, algún riesgo efectivo, del tipo que sea —desde la vida o la libertad hasta el éxito, los cargos oficiales o las facilidades económicas— la inmensa mayoría de los intelectuales se ha resignado y ha renunciado a decir la verdad; en lugar de intentar burlar con audacia o ingenio la censura, como se hacía hace no más de quince o veinte años, la censura interna que cada escritor ejerce sobre sí mismo suele ser mucho más severa que la de los Estados; y prueba de ello es que en los países —que son muchos— en que la coacción es difusa y no tiene un aparato rígido y burocrático, los resultados son sensiblemente parecidos. Por otra parte, y esto es lo decisivo, si se tratara de un silencio impuesto por la violencia, esto no provocaría una crisis de la autoridad intelectual, sino al contrario: se hubiese abierto un crédito ilimitado a los intelectuales y se esperarían con avidez sus palabras; recuérdese, para citar un ejemplo español y todavía próximo, la situación durante la dictadura de 1923 a 1931.

No es esto solo: junto a lo que se calla hay lo que se dice. Y esto es lo grave. Porque es absolutamente excepcional que el escritor se vea obligado a decir lo que no piensa, pero conviene al Estado o a los grupos sociales dominantes; y el hecho abrumador es que con toda frecuencia los que hacen profesión de la inteligencia se han sometido o incluso han practicado lo que puede llamarse "terrorismo intelectual": la imposición, como algo "indiscutible", que no requiere justificación ni tolera examen, de ciertas figuras o doctrinas, o la proscripción "sin más" y sin razones, en virtud de una au-

(Pasa a la pág. 190)

no estás solo en tu sitio de América ignorado:
a tu presencia llegan las voces de los parias
que al fin han de vencer.

Sí, nacerá la aurora
en la mina, en la fábrica,
del norte al sur tendremos un nuevo amanecer.
Borraremos Pisaguas
y destruiremos larvas.
Tu voz ha de salvarse,
heroico timonel.

Pedro ANDINO.

Centro América, abril de 1949.

canzar; lo de la bravura y el denuedo americano. La lucha con la lengua arisca y repechada vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la Walkiria que está a unos pasos del que la codicia, pero la muy linajuda vive rodeada de un cintajo de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre, sólo el gemidillo del esfuerzo, y no se oye chirrido de sables sino a lo más un crujidito de dientes apretados... Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma y vale por la toma de un latifundio sin horizonte...

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos y recibir el alud de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa, cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigan de un lado y del otro nos disgustan. Avanzamos en un zigzag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente, y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo sólo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa, y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, no ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonríen como a camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo "pionerismo" que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva Caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría, sino su tradición y su costumbre presentes, es decir sus libros, y la vida al aire libre, o sea cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fué eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confesión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras, que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal sólo se desarrolla en una sala de clase; ella comienza en silenciosa y larguísima recepción y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando, con la fineza del pesador de diamantes, el emporio enorme del vocabulario y de parte del discípulo todo consiste en un alerta casi divino de las facultades, y en esa *fidelidad* a la cual llamamos vulgarmente "atención".

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la Doctora de Avila "unas grandes suavidades y maravillamientos". Porque una vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del Vocabulario se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares, ya no gruesos ni agrios, sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la cristiandad universal, el reír con Lope y Quevedo y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las Carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anahuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero deciros sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona, e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiese en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraumara, sea del chilote, sea del indio amazónico. (Además, ustedes no van a quedarse sin el *Martín Fierro* y sin los folklores español y criollo).

Otra manera no hay —estoy bien segura — de adentrarse en los pueblos sino con la punción lograda con la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga: el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir de allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, éstas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofilas particularísimas y acarrean minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírsenos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa, la propia no se ha movido. Sólo ocurre que tendremos en adelante, como los ricos, dos casas de vivir, tres o siete moradas, al igual de la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la Gracia.

Tengamos fe en nuestra raza

(De *El Diario de Hoy*. San Salvador. El Salvador. Mayo 2 de 1948).

Tengamos fe en nuestra raza hispanoamericana: en nuestra nueva raza de síntesis a la que esperan logros de mayor altura y brío que los que alcanzara, en larga jornada de veinte siglos y a la luz de su día de cristianismo, la que se alojó alrededor del Mediterráneo y pudo sumar los aportes del Norte y del Sur, del ario y del etíope. Tengamos fe en nuestra raza, que es como decir tener fe en nosotros mismos, porque si en verdad vamos cayendo y levantándonos en nuestras marcha, fallando como niños grandes y extraviándonos en la embriaguez de nuestro continente, un examen dentro de nuestra propia alma y nuestra misma carne nos revelará que poseemos grandes reservas y que no andaremos como llenos de vanidades al emplazar al destino para dentro de poco.

La raza nuestra no es ni podrá ser la raza blanca; no es ni podrá ser la raza india, ni la raza negra. La raza nuestra es la raza hispanoamericana, el producto firme y triunfante de esas tres razas sumadas en el hervidero continental al través de cuatro siglos y como fruto inevitable de las grandes mareas humanas que vienen y van, desde el comienzo de los tiempos, de norte y sur, de oriente y occidente.

Nuestra raza es la raza hispanoamericana; raza superior al indio, que se moría en las tierras bajas como podría morirse una nutria en el desierto o un esquimal en el trópico; raza superior al blanco, que no puede acomodarse a este mundo nuestro, lleno de incongruencias, de aristas, de contradicciones climatéricas y biológicas; que deberá ser superior a la raza negra, porque poseerá mayores recursos para el acomodamiento de la vida civilizada y sabrá coger, con donaire heroico y para uso certero, las nobles armas de Occidente.

Nuestra raza habrá heredado del indio americano la capacidad para el dolor, la tenacidad en la lucha, la perspicacia frente a lo desconocido.

Habrá heredado del negro la imaginación ardiente, el desprendimiento niño, la curiosidad ansiosa de saber, la resistencia a los rigores del clima y la alegría intacta.

Habrá heredado del hombre blanco el vigor mental para la síntesis, el poder generalizador, la voluntad del dominio, y el complejo genuino de la superioridad.

Y recibiendo tan maravilloso patrimonio, nuestra raza conquistará los trópicos hasta hacerlos perfectamente visibles y antes de mucho tiempo podrá enseñar al mundo la proeza de haber ampliado la tierra para el trabajo humano, de haber hecho la tierra más grande y más fecunda para la dicha y para el deber.

Y siendo una raza de síntesis, un heterozygote racial, podrá ella vencer en el trópico y en las zonas boreales, en el litoral y en la cordillera, al norte y al sur, y florecerá, en el vaivén de los apremios y las urgencias vitales, con la propia flor y el fruto propio del lugar y de la hora.

Mas no será esto, en verdad, el sólo mérito de la raza. Que otros igualmente altos los tendrá. Y es que siendo una raza de síntesis, podrá juntar en su corazón todas las comprensiones. Podrá sentir en su carne la simpatía de todas las desgarraduras. Podrá arder en su imaginación el fuego de todas las fantasías y en su mente la placidez de todas las concepciones fundamentales. Y siendo así de generosa y amplia, será la raza mejor capacitada del mundo para señalar normas al derecho y la más propicia para abrir sus brazos a los náufrgos de las razas que vengan a sus playas buscando el

sitio de la reconciliación definitiva del género humano.

Tengamos fe en nuestra raza de piel morena, de imaginación viva, de capacidad para el dolor y de aptitud innegable para el trabajo de la idea. Tengamos fe en ella y estemos orgullosos de sus perspectivas históricas, y sepamos vivir a la altura de ese linaje excelso y darnos prisa para demostrar que de nuestras manos se espera una obra mejor, la obra mejor.

Y llenémonos del más desbordante júbilo pensando que, siendo nosotros síntesis, nada impedirá que la América realice eso que los otros continentes no pudieron jamás realizar: la unidad suprema en la raza, en la lengua, y en la fe: en las instituciones y en la vida.

Porque América será síntesis de sangres y síntesis de ideales.

Y teniendo fe en nuestra raza, mal haríamos en no tener fe en Centro América. Porque Centro América es el testimonio decisivo en esa esperanza. En Centro América tenemos nosotros el testimonio mejor de esa fe, porque aquí sentimos el calor de su cuerpo, el flujo de su sangre, el sollozo de su dolor y el fuego de su alegría.

Sin reclamar inútiles aplausos, en Centro América esa raza ha librado su batalla silenciosa, y la ha ganado. No fué vencida por la atrocidad del coloniaje, cuando sudaba en las minas. No la despedazó el clima costero ni el desajuste abierto del medio y las instituciones, de la fe de ayer y la fe de hoy, de la realidad y del ideal. No la doblegaron las astucias de los imperialismos rampantes, que buscaban cómo mutilar sus territorios para encajar negrerías, ni la hizo aflojar el arma libertadora el grito agrio del filibustero. Ha caído aquí pero se ha levantado más allá, y así ha seguido aproximándose poco a poco a la trinchera que tomará por asalto, a la colina desde donde verá el panorama de toda la América.

Gentes nuestras animosas, sufridas, vitales, allí están desde el Suchiate hasta el Sixaola labrando su civilización y su cultura. Para empujar su marcha allí se verá a la mujer nuestra, fecunda y maternal, llenando con prontitud afanosa los vacíos de la muerte, de la revolución fratricida, de la fiebre, del terremoto, de la desnudez y el hambre; y se verá al hombre nuestro —ese al que no ha arruinado ni descastado una falsa cultura libresca y un apetito afinado en la ociosidad— labrando su tierra en el silencio de los campos y transformando riqueza en el colmenar de los talleres.

Tengamos fe en América, en la raza de América, y en los Precursores de América, entre los cuales, el más alto, el Libertador, nos dió la consigna de unirnos; y en cuanto a la parcela nuestra y propia, este Istmo de Promisión, sepámosle llenar con abra efectiva y fe indomable desde las soledades del Petén hasta el regocijo edénico de Talamanca; en las alturas de Quezaltenango y en las llanuras de Olancho; entre el vergel de Santa Ana y San Miguel y el encendido convite de las Segovias.

Toda ella, nuestra nación en marcha, que va a venir porque si en verdad Dios, por la mano del dolor y el error dispersa a los hombres. El mismo sabe colocarlos en los grandes caminos que convergen hacia las puertas de su Jerusalem.

N. VIERA ALTAMIRANO.

El hombre vestido de mujer

Por *Pedro BEROES*

(En *El Nacional* de Caracas. Noviembre 4 de 1948).

Estos últimos días prendió la mecha del buen humor de nuestra pacífica gente la vera efigie aparecida en los diarios de un original ciudadano que, aburrido de llevar pantalones durante toda su vida, decidió, para divertirse un poco, ponerse por breves horas ropas propias de mujer.

Nada de pecaminoso tenía —al menos en apariencia— el ingenuo ardid a que apeló el ciudadano de marras para divertirse con algo de ensañamiento a costa de sí mismo. Sólo quería ir a la Plaza Bolívar, alquilar una de esas durísimas e incómodas sillas que sirven de comprometedora cura al ocio de los domingos caraqueños, sentarse a la sombra de los viejos y frondosos árboles y oír la monótona retreta, acaso con la vana ilusión de sentirse otra persona distinta de la que es en realidad.

Pero, visto está, el hombre propone y el destino dispone. Apenas salió a la calle estrenando su nueva personalidad, dos agentes de investigación descubrieron la burda superchería, le echaron el guante al ciudadano y lo condujeron de inmediato a la presencia de la más cercana autoridad de policía.

Así terminó, entre rejas y entre risas, la fugaz aventura de ese hombre aburrido que quiso curarse de fastidio vistiéndose de mujer en época ciertamente distante todavía del carnaval.

El suceso en cuestión, no obstante sus acusados ribetes de travesura inspiraad por el jovial y rubicundo Baco, pone de relieve —al menos en cierta manera— un hecho característico de nuestro tiempo: la creciente inconformidad de los hombres y de las mujeres con su condición humana.

Parece que, en virtud del tiempo y de las adversas circunstancias, las mujeres se han ido masculinizando y los hombres afeminándose de manera más o menos inconsciente.

Este extraordinario fenómeno puede apreciarse no sólo a través de las modas, sino, incluso, de la propia actividad productiva. Las mujeres, descontentas de su suerte, no siempre muy justa, invadieron un día las oficinas, las fábricas y las profesiones liberales, llegando a desplazar a los hombres de muchas de sus actividades tradicionales, bien porque ganaban menores salarios que ellos, bien porque de veras poseían aptitud y capacidades para el trabajo. La ofensiva de la mujer al compás de la actividad productiva hasta entonces propia del hombre se hizo acompañar de cambios visibles en la moda: se cortaron el pelo, vistieron la falda corta y hasta se pusieron camisas de apariencia masculina con el aditamento de la corbata. Mucho más recientemente comenzaron, como por juego, a usar pantalones en las playas y en sus casas, y al paso que van las cosas, ya no es de dudar que los usen para salir de compras o para ir a la oficina a trabajar.

Correlativamente a este extraordinario fenómeno de las mujeres con pantalones, día por día aumenta el número de hombres que prefieren las sedentarias y poco violentas actividades más cónsonas con el espíritu de la mujer.

La inconformidad del hombre y de la mujer con su condición humana parece ser algo característico de nuestro tiempo. Al menos, desde que se pusieron en boga las teorías del psicoanálisis, nada resulta más fácil ni más cómodo que dar libre salida a esos brotes de dudosa rebeldía sepultados en lo más profundo del subconsciente.

Estos extraños fenómenos demuestran la existencia de una crisis profunda de la personalidad que no es sino el reflejo del estado de descomposición social a que la humanidad ha llegado después de dos guerras monstruosas con sus secuelas económicas y de inversión de todos los valores del espíritu. Y, en todo caso, la recuperación plena de la personalidad humana sólo puede producirse como consecuencia de la implantación de un orden social más justo que el actual y con el advenimiento de una moral más sólida que permita al hombre y a la mujer la consolidación de su destino sin detrimento alguno de su condición humana. En un mundo más justo y mejor organizado, con oportunidades iguales y con idénticos derechos, la perfecta equivalencia humana del hombre y la mujer como entes sociales será un hecho cumplido. Dentro de ese nuevo orden de justicia ya no tendrá razón de ser ese tan terrible y peligroso confusionismo: el hombre será hombre completo y la mujer será mujer liberada, pero con todos los atractivos y las esencias de su espíritu y de su sexo.

toridad que el "terrorista" se atribuye a sí mismo, y que no es sino fuerza, y por lo general poquísima, de otras doctrinas y figuras. Y esto, naturalmente, lleva consigo una pérdida automática de la autoridad intelectual.

Pero esta actitud, con ser muy frecuente, no es universal: considerables porciones del gremio intelectual, sobre todo en algunos países, no han incurrido en ella. Y, sin embargo, el fenómeno de disipación de su autoridad es de generalidad tan extremada, que sólo escapan a él excepciones individuales, contadísimas y que, aun ellas mismas, se resienten del contexto social sobre el que aparecen. ¿Por qué ocurre así? A mi juicio, aquí interviene un factor de distinto linaje —aunque en el fondo tiene estrecha conexión en lo antes dicho—. Por razones muy complejas, se tiene la impresión de que los intelectuales no tienen hoy soluciones para los problemas humanos, que son los verdaderamente graves e importantes. Lo que se dice en los países en que no se ha interrumpido la comunicación normal del escritor con sus lectores, o que la han reanudado, no es muy esperanzador. Después de oídas sus palabras, la desorientación persiste y no se sabe a qué atenerse. Se ha perdido la fe en que los hombres de ideas tengan la clave de los problemas que agobian al hombre de Occidente, y ha dejado de atenderse a su voz.

¿Es esto justo? ¿Puede pedirse al intelectual, sin más, que tenga soluciones para los problemas? ¿Las tienen éstos tiempre, por ventura? En el fondo de esa actitud laten, a la vez, el "señoritismo" de las masas actuales y una concepción frívola de la inteligencia, que data del siglo XVIII. La propensión a desentenderse de la estructura de la realidad, a suplantar con meras combinaciones de ideas, ha hecho que se olvide lo que quiere decir en todo su rigor la palabra "problema" y que se descarte la posibilidad, tan probable, de que sea insoluble, o al menos que su solución requiera largo tiempo y esfuerzo. De ahí la predilección por las "recetas", provocada en las masas por el ejercicio irresponsable de la función intelectual. Pero esas recetas pierden pronto su crédito y no es fácil que los hombres sigan interesándose mucho tiempo por los que las elaboran y hacen propaganda de ellas. Y hay que decir que la inmensa mayoría de lo que hoy ofrece el cuerpo intelectual no es otra cosa. Ante la enorme dificultad de las cuestiones que el Occidente tiene planteadas, se hace una y otra vez un gesto frívolo, consistente en brindar una fórmula, con frecuencia sólo una palabra, que puede ser un recuerdo histórico, un tópico grato a las muchedumbres de uno u otro color o el último descubrimiento del "snobismo" —que, por cierto, suele ser antepenúltimo—. Dejo al lector el cuidado de poner los ejemplos.

El hecho es que hoy, aun en los países de más tradición intelectual y que, no hay que decirlo, cuentan con mentes egregias, falta radicalmente su autoridad específica, y con ella ese "poder espiritual" que tan decisivo parecía a la mirada perspicaz de Augusto Comte. La vida humana, que tiene una casi ilimitada capacidad de adaptación, ha tratado de compensar esa situación anómala con una extraña mezcla de sonambulismo y cinismo; pero son dos expendientes de muy corto plazo de eficacia, y sus "virtudes" están ya a punto de agotarse. Por esto, si se mira con atención se ve cómo en todas partes empieza a sentirse de nuevo la necesidad, más apremiante que nunca, casi angustiosa, de la autoridad intelectual. Todavía son pocos los que vuelven a echarla de menos, esta vez de un modo perentorio e inexorable; tras ellos van a seguir, muy pronto, las multitudes.

Y es curioso y conmovedor observar cómo estos mínimos grupos realizan un afanoso recuento de los contados intelectuales —"rari nantes in gurgite vasto"— que han escapado al naufragio de su autoridad. Con la ansiedad y la sinceridad del que echa mano de los últimos recursos, superan incluso las petulancias nacionales y miran más allá de sus fronteras, en busca de los supervivientes. Frente a la confusión de tantos congresos, "recontres", asambleas, conferencias y revistas, en que se repiten invariablemente dos o tres arias, encuentro en esa afanosa indagación en torno suyo de esas minorías inteligentes —intelectuales o no— el primer síntoma de un restablecimiento de las jerarquías, y por tanto de la autoridad, en Europa y en América.

¿Quiénes son esos intelectuales en los que se refugian y condensan los restos del poder espiritual que su gremio ejerció en otros días? No hay temor de ver estampados aquí sus nombres, porque su breve lista es la única que no puede enunciarse: perdería toda su eficacia. Porque no se trata de nombres que puedan ser "propuestos" a la admiración o a la estimación de las gentes, sino que han de ser "impuestos" a su íntima necesidad. Son los hombres sin los cuales cada uno de nuestros contemporáneos no podrá vivir, literalmente, y por eso será él quien tendrá que buscarlos y encontrarlos. Algunos, los más alertas, repito, lo están haciendo ya.

Lo que sí puede decirse es que la autoridad intelectual sólo puede restablecerse desde las cosas; quiero decir, desde los problemas, que es lo que hoy por hoy tenemos, y no desde las soluciones previas, es decir, la ficción. Los intelectuales recobrarán automáticamente su autoridad, tan pronto renuncien a la magia y a las frases y acometan, con ademán sencillo y brioso, las cuestiones que están planteadas. Los hombres de Occidente volverán a confiar en la inteligencia, que ha sido su gran fuerza milenaria, en cuanto la vean funcionar, es decir, aplicarse a la faena de dar razón de las cosas. Necesitan ver trabajar, con fruición y sin gestos, a los que tienen como misión propia buscar la verdad; y se sentirán asociados a su esfuerzo y llenos de ánimo aun en medio de las mayores dificultades, siempre que tengan conciencia de que se está luchando con ellas y de que en esa lucha se emplea a fondo el instrumento con que es dado al hombre arrancar a la realidad su secreto: la razón.

GUERRA INTER-TROGLODITA



A pesar de la Independencia y los Próceres la escena tiende a repetirse.

Ch. K.

El sentimiento democrático en los pueblos de América

(Es un editorial de *La Prensa* de Bs. Aires del 19 de diciembre de 1948).

Negar que haya existido y que exista el sentimiento democrático en los pueblos de América equivaldría a desconocer los hechos históricos y la realidad política y social en esta parte del continente. En todas las épocas, aun en las que precedieron a la emancipación definitiva en el Norte, en el Centro como en el Sur, el sentimiento de ser libres, integralmente libres, iluminaba la mente de los hombres más preclaros y anidaba en la subconsciencia de los pueblos al parecer más oscuros y no por ello menos dispuestos a la rebeldía. En 1808, el gran Jefferson decía: "La América tiene principios distintos de los de Europa y debe tener un sistema suyo que la separe del antiguo continente, guarida del despotismo, para ser lo que debe ser, la morada de la libertad". En poca cuenta tuvo el insigne estadista los principios fundamentales heredados de Inglaterra e incorporados a la Constitución de los Estados Unidos y escaso aprecio mostró por la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano pregonada en la Francia de 1789. En buena parte tenía razón para mirar a Europa con tanto recelo, porque allí predominaban los regímenes absolutos que nunca acogerían con simpatía el nacimiento de las nuevas naciones americanas. Habrían de transcurrir todavía dieciocho años para que Canning, resuelto a frustrar las aspiraciones del congreso de soberanos en Verona, pronunciara en el Parlamento inglés, el 12 de diciembre de 1826, su célebre discurso: "He llamado a la vida a un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo".

Para que nuestra América pudiese restablecer ese equilibrio tendría que ser lo anunciado por Jefferson: la morada de la libertad. No hay disidencias a ese respecto. Así lo demuestra —vamos a decirlo con palabras de Mitre— "la unificación política de todo un continente, que ocupa la mitad del orbe, y proclama, por instinto genial, los principios lógicos de la democracia como ley natural y regla universal del porvenir; la consagración de un nuevo derecho de gentes y un nuevo derecho constitucional en oposición abierta a derecho de conquista y al tradicional dogma monár-

quico del absolutismo triunfante en el antiguo continente". Con admirable sincronismo los pueblos americanos de origen latino se insurreccionan, luchan con denuedo, derraman su sangre, vencen unas veces, son derrotados otras, hasta que, por último, después de la batalla de Ayacucho, adquieren la certidumbre de ser dueños absolutos de su independencia y libertad.

¿Qué es lo que acontece luego cuando desaparecen las amenazas exteriores? Suena la hora de organizarse constitucionalmente. Cada nación tiene que dar el ejemplo de su capacidad para el gobierno propio. Mas el tránsito de la guerra a la paz no se lleva a término con la naturalidad del paso de la sombra a la luz. Sobrevienen las discordias entre los hombres dirigentes que, al reunirse en Asambleas, no logran ponerse de acuerdo. La falta de armonía se vuelve difícil, a veces imposible. El desorden se generaliza hasta la anarquía, ésta hasta las guerras civiles, que desembocan, cuando no en la dictadura de un grupo, en tiranía de un déspota. La morada de la libertad se convierte en morada de caudillos prepotentes que les niegan a los pueblos las garantías y derechos que les acuerdan en las cartas políticas, porque las constituciones liberales, después de prolongadas contiendas y retrocesos, fueron finalmente sancionadas en todas las naciones de Hispanoamérica.

Un sagaz y erudito profesor inglés, Mr. Cecil Jane, que conoce a fondo la historia de España y de sus ex-colonias, ha estudiado de manera muy feliz las características políticas de las repúblicas de América. Advierte dos aspectos comunes. En todas ellas, dice, se han promulgado constituciones del tipo más liberal y democrático; en todas ellas han surgido, de tiempo en tiempo, dictadores cuyo poder absoluto se ha ejercido ya de una manera descarada, ya bajo un tenue velo de formas constitucionales. "Con tal frecuencia se ha establecido ese poder en muchos de esos países, que en ellos se ha dado una casi perenne y completa contradicción entre la teoría, entre el nominal y el verdadero sistema de gobierno". La teoría reconoce la soberanía del pueblo, el derecho de los ciudadanos a darse el gobierno que más les plazca, el ejercicio inalienable de la libertad de palabra, de prensa, de cultos, de asociación para todo fin legítimo, de comercio, de tránsito, de disponer a su albedrío de su propiedad y sus bienes, etc. Pero en la práctica, subraya Mr. Jane, "en todas y cada una de las repúblicas ha existido a veces, en la realidad, un régimen muy distinto. En algunos casos el poder ha sido arrebatado por individuos que han suspendido o derogado la Constitución y que, descaradamente, han afirmado su propia y despótica autoridad". El "estado de sitio" para casos excepcionales, se ha convertido en ciertos países en estado permanente. El resultado es visible. Que la dictadura sea franca o disimulada, las libertades dejan de ser efectivas. ¿A qué se debe ese contrasentido entre la teoría y la práctica, entre lo ideal y lo real? Débese, responde Mr. Jane, a que en Hispanoamérica existen dos clases de hombres o de temperamentos: de un lado se agrupan los devotos de la libertad, los que piensan que "vale más vivir en la escasez o en la miseria, que disfrutar de todas las dichas materiales, pero sin libertad". En el lado opuesto militan los que invocan la eficiencia en el gobierno y prefieren el orden sin libertad a la libertad sin orden.

Ambas premisas son erróneas. La libertad sin orden no es libertad, así como el orden sin libertad no es orden. El drama político de Hispanoamérica consiste en el persistente culto de la fuerza, apenas semivelado, por las libérrimas constituciones escritas.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La aventura de la lengua

Por Gabriela MISTRAL

(En *La Nación* de Buenos Aires. Marzo 9 de 1947).

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro Estado pone en la enseñanza del español (*).

Vengo de hacer una ruta sigzagueada de lenguas diversas, y he visto la suerte del castellano a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre el Brasil, Suecia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé nuestra lengua servida con vehemencia fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios probé una verdadera euforia al comprobar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajenas y la de los cuerpos ajenos: la vieja Conquista bruta y ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y coacción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de Derecho y de Bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas, que es la expansión de cualquier idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de un habla sobre territorios incógnitos, no significa invasión sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias; hasta me las pone a danzar...

Comprender fué siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales en la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

La orden del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente el romper los sellos que guardan las arcas cerradas de ciertos pueblos y ver sus adentros y aprender en esa gruta oscura cuánto allí hay que dé una clave para tratar los jeroglíficos llamados China, o Indostán... o América del Sur.

Eso que llaman búsqueda del conocimiento, y que es, por excelencia, la tarea del hombre, requiere instrumentos sutiles. El primero de ellos es el aprendizaje de idiomas. Ustedes adoptaron este oficio fino mucho antes de que la segunda guerra mundial sacudiese a los adormilados e hiciese ver a los ciegos. Y ustedes van a ser en cinco años más quienes den testimonio recto y claro a los dirigentes de los Estados Unidos sobre los países mal deletreados, mal averiguados, que son los nuestros. Es categoría subida esta de traducir el espíritu de las razas. Pero es también trabajo muy bello, porque se trata de ver y tocar raíces y sacarlas a la luz.

*

El aprendizaje de un idioma fué siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, en busca, no de mesa ni lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable.

Los sudamericanos no somos gentes de puertas atrancadas. Excepción hecha del indio puro que es huidizo, en cuanto a criatura herida y traicionada, los demás, el mestizo y el blanco del Sur, somos de una índole fácil y fluvial. Nos gusta el extraño, por una curiosidad colombina de costas nuevas; viajamos bastante, somos "projimistas", es decir, cristianos que aman convivir. Somos dados al trueque o comercio de las almas, en el sentido que dió a esta palabra aduanera el francés Valéry.

Cuando ustedes, con nuestro idioma a flor de pecho, vayan a nuestros pueblos, allá les pagaremos las marchas forzadas de los cursos de español con la moneda de la cordialidad rápida y de la lealtad. Juntos hablaremos de nuestros problemas, juntos corregiremos los feos errores del pasado, como quien enmienda planas de cuaderno escolar...

En cuanto al volumen del idioma español, no es nada angosto ni leve; el alumno siente, como el bañista de río, que se ha metido en un torrente. La riqueza del castellano es realmente la de una catarata. Mucho creció la corriente verbal por el vaciadero de las generaciones y allí está ahora despeñada sobre un muchacho californiano que la recibe, cegado del resplandor y aturdido de la música vertical.

Las demás aventuras se quedan chiquitas al lado de ésta; son nonadas. Aquí es el trance de volverse niño y aventar el amor propio, aceptando el balbucear, el caer de bruces a cada rato y el oír las risotadas del corro. Y el reído ha de reír con la clase entera y no enojarse como los vanidosos. (En esto ayuda el buen humor americano, linda virtud).

A ustedes, californianos, no se les ocurre que van a perder la batalla. Como el niño, vais aprendiendo sin saber cuánto, y pudiendo, y alcanzando. Pocas cosas se parecen más a una infancia que el aprendizaje de lenguas, y nada hay tan lindo como el trance de parar en seco la adultez, de hacer una pausa en ella y echar a correr por el espacio liso de la puerilidad, del deletreo y el pinino.

Y aquí también es lo del querer para al-

(Concluye en la pág. 188

(*) Texto inédito leído en la Universidad de California.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.



"Sabia Dominicana"

Un libro del Lic. *R. Emilio JIMENEZ.*
(En el *Rep. Amer.*)

A la gentileza del poeta Francisco R. Mejía debo el placer de una grata lectura. *Savia Dominicana* es el título del libro que me proporciona estos momentos de reposado placer. El título está bien. Dominicano es este libro hasta la médula, hasta la savia. Parece un árbol corpulento que por múltiples incisiones en su honda corteza rezuma la resina bermeja, olorosa y caliente. Leer este libro es penetrar en lo más profundo de ese viejo y noble Santo Domingo; en su esencia, en su psicología, en su alma. Quien lea detenidamente este libro del Lic. Ramón Emilio Jiménez ya visitó, conoció y se encariñó con esa hermosa tierra antillana.

El Lic. Ramón Emilio Jiménez es un escritor eminente. Estas doscientas páginas amenas y sanas lo demuestran. El estilo es sereno, terso y firme como del que está habituado a meditar sosegadamente sobre temas nobles y elevados. Se compone la primera parte del libro de ensayos breves sobre aspectos de la vida cotidiana de los hombres. Abundan estos ensayos en sagaces observaciones. El autor es filósofo y observador discreto de la realidad. Contempla el autor, con sonrisa benévola, nuestros caprichos y nuestras manías y las presenta en forma austera e interesante al mismo tiempo.

Luce le autor una sabiduría sencilla, natural y antigua, como los adagios que a veces le sirven de base para su amable plática. Porque plática parecen sus ensayos dichos con voz tranquila a un grupo de amigos reunidos en la botica del pueblo. No hay ningún alarde de erudición en estos ensayos, y éste es uno de sus encantos; lo que hay en esa sabiduría no aprendida, natural y sencilla que brota de la contemplación inteligente y magnánima de nuestras flaquezas y prejuicios.

He aquí algunas de sus reflexiones: "El afán posesorio es lo que nos hace siervos de la intranquilidad espiritual. De todos los males que de la tristemente célebre caja de Pandora salieron para el mundo, el más amargo y desconsolador ha sido, sin duda, el de las deudas. La familiaridad con la dicha produce cierta inconsciencia de la dicha misma. Nadie sabe lo que vale el agua hasta que se seca el pozo. Mejor que el consejo es el ejemplo". Así va exponiendo el autor el fruto de sus observaciones con el fin de llevar a los hombres por la senda de la cordura y la felicidad. La alteza de su pensamiento se manifiesta cuando afirma, por ejemplo, que la vida, en su más encumbrada significación, viene a ser arte porque tiende, tanto en lo material, como en lo espiritual, a la belleza.

En la segunda parte —en que trata de costumbres dominicanas— muestra las mismas dotes de observación y sana crítica. Particulariza aquí, en la gente de su patria, lo que en la primera parte era peculiar a la humanidad en punto a genialidades y resabios. Así nos dice que en la República Dominicana los placeres de la mesa son parte necesaria de la gentileza criolla. En otro interesante ensayo nos cuenta que en los campos dominicanos el símbolo de la vida galante y obsequiosa no son las flores sino los frutos. El mejor regalo no es un bouquet de orquídeas sino un cajón de naranjas. Se refiere en otro ensayo a la conjunción adversativa "pero", de que sus paisanos —como probablemente en todas partes del mundo— se valen demasiado para deprimir el valimiento de las personas. La detracción; el "pero" corrosivo no respeta, a veces, ni aun a los próceres de la Patria. Y, ensayando un levantado gesto vindicador exige que este "pero" dominicanísimo, que refleja, en cierto modo, un estado peculiar de nuestro ambiente, debe ser proscrito cuanto antes por el contenido de injusticia y de inmoralidad que derrama a través de sus múltiples aplicaciones".

Agudo y regocijado, de intenso realismo, es el ensayo sobre la costumbre de nunca decir que no. Dice el autor que su pueblo es "antinoista" por idiosincrasia. No se quiere conceder el favor ni acceder a la solicitud que se presenta, pero no se le dice que no al solicitante, sino "yo le aviso", o "vuelva otro día".

Cómicos son también los artículos sobre "el paraguas" y el "diccionario". En el primero, el autor nos habla del extrañamiento del paraguas, que la gente no se atreve a usar ni aun en tiempo de lluvia por temor al ridículo. Es curioso cómo las costumbres, modas y tendencias sociales se generalizan hoy en día como si tuvieran una potencia irradiante que las llevara al mundo entero. Aquí, en nuestro país se observa lo mismo respecto al paraguas. Casi nadie lo lleva, y al que lo lleva se le llama "viejo", "anticuado". Risible es también el miedo a consultar el diccionario por no aparecer ante los demás como torpe o ignorante.

Siendo este libro del Lic. Jiménez de veras "Savia Dominicana", no podía faltar la nota folklórica que representa el rasgo más hondo y pintoresco de la fisonomía de la Patria nativa. Casi todo el libro es "folklore", es decir, alma de la Patria. Y así hay aquí crónicas sobre "el aguinaldo", "el canto popular", "la tambora", el Carnaval de Santiago, "el merengue". Folklórica es también la última parte del libro en que el autor en sonetos de correcta factura y versos flúidos nos pinta al criollo rústico, el acordeón, el "güiro", la campesina criolla. En otras composiciones explaya la pintoresca filosofía utilitarista del campesino, como las tituladas "Lo que uno vale", "Lo que uno es", "El arrancao no e' gente".

Contiene además el libro una extensa serie de artículos anecdóticos sobre generales y políticos que en épocas pasadas gobernaron a Santo Domingo. Esta es, sin duda, la parte más dominicana de la obra ya que la política es en los pueblos hispanoamericanos y antillanos la actividad más importante de su vida total. La malicia, la marrullería, la "gramática parda", como vulgarmente se dice, resaltan en estas páginas tan definitivamente expresivas de la psicología de nuestros políticos. De los políticos y de nuestra gente porque después de todo ellos no son sino los exponentes, los arquetipos de nuestro modo de ser. Ellos, los políticos, son como somos nosotros, por lo cual aun en la hipótesis de que algunos no fueran legalmente elegidos ellos serían siempre nuestros auténticos representantes. Tenían esos políticos y generales del pasado nuestras faltas y nuestras virtudes, nuestras flaquezas y bondades: de aquí que se impongan a nuestra afectuosa recordación.

Tal el libro del Lic. Ramón Emilio Jiménez, tan henchido de dominicanismo. Tal el libro que resuma "Savia Dominicana". Savia encendida, olorosa y caliente del árbol secular de la Patria. Savia olorosa y caliente como nuestros campos, como nuestro folklore, como la música de la "tambora", como nuestras mujeres queridas.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.